
CIENCIA FICCIÓN
EL FUEGO LLEGÓ DEL CIELO
louis g. milk
R. CORTIELLA

LOUIS G. MILK

# El fuego que llegó del cielo

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
Barcelona Buenos Aires

Depósito Legal: B. 6.974-1969

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

---

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

# CAPÍTULO PRIMERO

El ser había viajado durante incontables períodos de tiempo, a través de innumerables billones de kilómetros, protegido en el interior de su envoltura, donde no existían ni el tiempo ni el espacio.

Podría decirse que el ser estaba sumido en un estado de catalepsia o de suspensión animada. Inmóvil, replegado sobre sí, dentro de la cáscara protectora, las fracciones de tiempo, convertidas en una línea continua e infinita, resbalaban impunemente sobre él.

Un día, la cáscara viajera que envolvía al ser, tropezó con cierta resistencia. Se inflamó y empezó a perder velocidad.

El ser se dio cuenta de las variaciones ambientales y se protegió a sí mismo, aislándose del tremendo calor que le rodeaba. La envoltura era una masa de materia al rojo vivo, que entró en una atmósfera gaseosa a enorme velocidad, dejando tras sí una larga estela de chispas.

La fricción con la atmósfera redujo la envoltura al mínimo, pero era tan gruesa que no se quemó toda. De haberse quedado sin cáscara, el ser, pese a su autoprotección, habría muerto abrasado.

Perdida buena parte de su velocidad, pero viajando todavía a varios miles de kilómetros por hora, la cáscara continuó su descenso hasta chocar contra un obstáculo sólido. Parte de aquella cáscara se rompió y los fragmentos se dispersaron por un vasto espacio de terreno.

Otra parte quedó formando un pequeño bloque que se hundió hasta cierta profundidad en el suelo, antes de perder por completo la inercia de movimiento de que había estado animado hasta entonces. A pesar de todo, si bien no se rompió, sí se agrietó y en su estructura se formó una larga hendidura que alcanzaba prácticamente a la mitad de su longitud.

Las gentes de la vecindad vieron descender aquel fuego del cielo y se intranquilizaron en el primer momento. Luego recordaron que más de una vez se habían visto cosas semejantes. Al día siguiente, alguien con la suficiente cultura les explicó en qué consistían los meteoritos y cuáles eran sus orígenes más comunes.

Entre tanto, aquel meteorito, hundido a un par de metros bajo la tierra, permanecía allí, sin que nadie lo hubiese encontrado. Se hallaron algunas señales del impacto, pero todos creyeron que la piedra del cielo se había roto en mil fragmentos diminutos, que ya estaban confundidos con el suelo circundante.

El incidente fue olvidado con relativa rapidez. De cuando en cuando, algunos lo comentaban, pero sin excesivo apasionamiento. Había sido una suerte, decían, que el dueño del campo en donde aterrizó el meteorito estuviese ausente en el momento del choque. De otro modo, Abner Manston acaso hubiera sufrido algún daño.

Mientras, a dos metros de profundidad, el ser dejaba pasar el tiempo. Rehecho de la violencia de su llegada, empezó a observar el medio ambiente.

A través de la grieta envió un filamento, por medio del cual exploró el terreno en que se hallaba. Era un ser vivo y sentía necesidades físicas, como cualquier otro ser animado. Al cabo de incontables períodos de tiempo de permanecer encapsulado en el interior del meteorito, tenía hambre.

El filamento avanzó por el interior de la tierra hasta que, de pronto, encontró un obstáculo vivo, que tanteó cuidadosamente hasta llegar a la conclusión de que allí había alimento. Aquel obstáculo era una fina raicilla de un árbol. El filamento se unió a la raicilla y empezó a sorber la savia con singular avidez.

Al día siguiente, en el bien cuidado huerto de Abner Manston, apareció seco uno de sus mejores manzanos.

Ya había pasado bastante tiempo desde la llegada del meteorito y Manston no se acordaba de él siquiera. La víspera, el manzano estaba florido y a la mañana siguiente aparecía seco, muerto.

Manston se llevó un gran disgusto. Por la noche, comentó el suceso en la taberna, con sus amigos. Le habría convenido más callar.

Mientras, el ser, reforzado con el alimento, había crecido bastante, pero tuvo la suficiente prudencia para crecer hacia abajo. Sus filamentos se extendieron a gran distancia y absorbieron la savia de dos manzanos.

Pero, como todo ser orgánico, necesitaba eliminar sus productos de desecho y lo hizo por la misma vía de alimentación, pero en sentido inverso. Abner Manston se quedó atónico cuando, varios días después, vio que los manzanos secos habían dado flores nuevamente.

La gente del pueblo empezó a murmurar de Abner. Era un hombre viudo, con un solo hijo, ausente, y su existencia conyugal

no había sido precisamente un modelo de armonía. Además, era incrédulo y había tenido más de una agarrada con el pastor, a causa de que éste le reprendía por su falta de asistencia a los oficios religiosos del domingo. Manston tenía la lengua viva y en sus discusiones con el reverendo no era él quien salía derrotado.

A su debido tiempo, los manzanos dieron manzanas. La de Abner, aquel año, ofrecían un aspecto excepcional. Grandes, lustrosas, coloradas, proporcionaban una gran satisfacción sólo al verlas. Cuando llegó el momento de la recolección, recibió muchas ofertas de gentes interesadas en probar aquellas espléndidas manzanas.

Manston tuvo aquel año más éxito que nunca. Pero fue un éxito momentáneo.

Las manzanas, de tan maravilloso aspecto, tenían un gusto horrible. Además, a las pocas horas de arrancadas del árbol, se convertían en ceniza apenas se tocaban.

El caso causó el natural escándalo en aquella pequeña comunidad. Desde su púlpito, el pastor, al domingo siguiente, comparó las manzanas de Abner con los frutos del Mar Muerto, hermosos por fuera pero amargos y llenos de ceniza por dentro.

Algunos empezaron a murmurar y acusaron a Abner de haber hecho un pacto con el diablo. Los tiempos eran aún propensos a creer en brujerías. La bola empezó a rodar, a rodar... y Abner se encontró un buen día delante de unos severos jueces que, sin muchos miramientos, lo condenaron a la hoguera.

Abner protestó siempre de su inocencia, pero sus protestas no le valieron de nada. En el último momento, cuando ya el verdugo arrimaba la antorcha a la leña, Abner lanzó una maldición:

— ¡Un día, alguno de mis descendientes vendrá y vengará en vuestros descendientes este crimen que hoy cometéis conmigo!

El verdugo vaciló un poco, pero el griterío de la multitud, menos impresionada, le decidió al fin. La llama prendió primero en la paja, luego en las ramas más delgadas y por fin en los troncos.

Luego, las cenizas de Abner fueron esparcidas en su propio huerto.

Desde entonces, nadie volvió a acercarse por allí. El huerto estaba situado en una pequeña hondonada, relativamente separada de otras propiedades. El camino que conducía a la aldea pasaba relativamente cerca, pero todos evitaban el huerto como si aún estuviese vivo su dueño. Al pasar por las inmediaciones, se santiguaban para conjurar una posible aparición del fantasma de Abner Manston.

Mientras, el ser causante de aquella desdicha continuaba su monótona existencia a varios metros bajo tierra. El tiempo continuó pasando; para él los días, las semanas y los meses y los años carecían de importancia.

Podía vivir miles de años. Sabía que un día abandonaría su guarida, pero no tenía prisa.

* * *

Con un fajo de cuartillas bajo el brazo y un paquete de libros en la mano, Rob Dearn salía de la tienda, cuando, de pronto, tropezó con una persona y los paquetes cayeron al suelo.

Aquella persona era una mujer y se disculpó cortésmente por el incidente.

—La culpa ha sido mía, señora —sonrió Dearn, agachándose para recoger los paquetes —. Soy tan distraído...

—La distraída soy yo — dijo ella con voz sumamente dulce—. Estoy confundida, créame.

Dearn se irguió, recobrados los paquetes. Sonrió:

—Ha sucedido exactamente todo lo contrario de lo que suele suceder: el caballero tropieza con la dama y le derriba la pila de paquetes que ella lleva en brazos. Le ayuda a recogerlos y entablan amistad y luego... Bueno, aquí no cabe hablar de lo que pasa luego, sino de que, aunque sea usted la que tropezó conmigo, podríamos entablar amistad.

Ella se sonrojó ligeramente.

—Esas cosas sólo suceden en las novelas — dijo —. Dispénseme, caballero.

Y se alejó, alta, esbelta y cimbreante, con los dorados cabellos reflejando la resplandeciente luz del atardecer de aquel cálido día de finales de verano.

Dearn suspiró. Los ojos de la bella desconocida habían llamado particularmente su atención. Grandes, rasgados, luminosos, de color extraño e indefinible. A un pelo del color del trigo maduro debían corresponder unas pupilas azules, pero las de la desconocida no tenían ese tono. Dearn no habría sabido definir el color de los ojos de la joven, caso de que alguien se lo hubiera preguntado.

Luego se despreocupó de ella. Regresó a su alojamiento, desenvolvió los libros y colocó las cuartillas en su sitio. Se quitó la chaqueta y, en mangas de camisa, se acercó a la ventana.

Había tomado una habitación con baño en una casa particular, cuya dueña usaba solamente la planta baja.

Dearn tenía el propósito de permanecer algún tiempo en Welldon. Su trabajo así se lo exigía.

Encendió un cigarrillo. El sol se ocultaba ya tras las colinas situadas a varios kilómetros de la población. Aunque Welldon era una población bastante activa, con unos doce mil habitantes, su crecimiento urbano se había efectuado de una forma que a Dearn le parecía incomprensible.

Había otras colinas, y más abruptas, mucho más cerca, hacia el Este. Entre las colinas del Oeste y la ciudad, el terreno era mucho más llano. ¿Por qué no se había aprovechado aquella planicie para edificar, en lugar de hacerlo en un terreno mucho más difícil por lo accidentado?

Dearn se encogió de hombros. Era un problema que no le interesaba en absoluto.

Su problema era estudiar uno de los últimos procesos por brujería celebrados en el país. El proceso se había desarrollado en una época relativamente reciente, cuando se suponía que los tiempos ya no eran propicios para acciones de semejante índole.

Pero un hombre había sido acusado de brujería y quemado vivo en la pira, tras su condena. Ello había sucedido bien entrado el siglo XVIII, cuando el último proceso en Salem había tenido lugar a finales del XVIII. ¿Qué había sucedido en Welldon para que un hombre fuese quemado vivo por un imaginario crimen de brujería?

Dearn estaba allí para averiguarlo y escribir un libro, encargado por la editorial que publicaba sus obras. La directora literaria tenía confianza en que el libro alcanzaría un gran éxito de venta.

Pensativamente, Dearn encendió un cigarrillo. El cielo parecía en llamas al otro lado de las colinas.

Allí, en el valle que había al otro lado de las colinas, había vivido la víctima, Abner Manston.

La casa donde Dearn se alojaba estaba en las afueras de la población. Todavía se conservaban muchos edificios de la época. Cerca de su hospedaje estaba la plaza donde se había elevado la pira. En el Ayuntamiento se conservaban todos los documentos relativos al proceso.

Rob Dearn tenía la intención de ir al archivo y estudiar el proceso, palabra por palabra, párrafo por párrafo, declaración por declaración. Sabía también que había un relato circunstanciado de la ejecución de Manston, redactado por un testigo presencial del hecho. Con todo ello, compondría los elementos necesarios para la construcción de su relato, los ensamblaría adecuadamente y...

Unos nudillos que sonaban en su puerta interrumpieron

bruscamente sus meditaciones.

—¡Señor Dearn, le llaman al teléfono!

Dearn corrió hacia la puerta y abrió. La rolliza figura de su patrona, la señora Brook, apareció inmediatamente ante sus ojos.

—La llamada procede de Boston, señor —dijo la patrona.

—Gracias, señora Brook —contestó Dearn, a la vez que iniciaba el descenso de la escalera que conducía a la planta baja.

## CAPÍTULO II

Era Felicia Mylner, la directora literaria de la editorial. Aunque hacía relativamente poco que se conocían, a Dearn le gustaba mucho Felicia, si bien hasta el presente se había abstenido de manifestárselo. Felicia era una joven vivaz, inteligente, muy bonita, pero también muy seria en todo lo concerniente a su trabajo. Dearn no tenía ganas de recibir un chasco por creerse algo que tal vez solo existía en su imaginación, aunque sabía que Felicia, a su vez, le apreciaba bastante.

—¿Felicia? — dijo, una vez hubo empuñado el teléfono. Soy Rob. ¿Cómo se encuentra?

—Eso es lo que yo pregunto, Rob —contestó ella—.

¿Ha entrado ya en situación?

—Llegué hace un par de días solamente, querida.

Por el momento, me he limitado a instalarme y a explorar un poco el terreno. Debo portarme con mucha circunspección, no sé si me entenderá usted, Felicia.

—En parte, Rob. ¿Explíquese, quiere?

—Bueno, tengo la impresión de que las gentes de

Welldon son bastante reservadas. He conversado con unos y otros y… vamos, no es que les desagraden los forasteros, pero tampoco se confían en ellos a las primeras de cambio.

Voy entendiendo, Rob. ¿Ha estado en los archivos municipales?

Todavía no. Pienso ir mañana. La cosa no será breve, precisamente.

—Pero sí interesante, Rob. A poca habilidad que tenga para urdir la trama, el libro resultará un «best-seller».

Dearn suspiró.

—¡Cuánto me convendría! — dijo.

—Y a nosotros también, Rob. Sería el paso definitivo para la confirmación de la editorial. Usted sabe que casi acabamos de empezar y muchas veces, un buen libro cimienta la fama de una editorial. Trabaje duro; los beneficios serán comunes.

—Eso espero, Felicia. ¿Algo más?

—No, es todo por ahora. Llámeme apenas tenga alguna noticia de relativa importancia.

—Por oír su voz, la llamaría a todas horas —dijo Dearn —. Lo que es una lástima que los teléfonos no tengan aún acoplada pantalla de televisión.

— Todo se andará, todo se andará, Rob — dijo Felicia riendo—. Bien, hasta otro rato.

—Adiós, Felicia.

Dearn colgó el teléfono. Volvió la vista. La señora Brook estaba con las agujas de tejer, sentada en una silla, en la habitación contigua, muy abstraída en su labor al parecer. Dearn tenía la seguridad, sin embargo, de que había escuchado su conversación con Felicia.

Se encogió de hombros. La señora Brook ya sabía que era escritor. ¿Qué de particular que un escritor se comunicase con su editor?

* * *

Encendió un cigarrillo. No tenía sueño.

El ambiente benéfico había relajado sus nervios. Welldon, pese a sus doce mil habitantes, pese a contar con una importante fábrica, que absorbía buena parte de la mano de obra, era una población tranquila, apacible. Además, Dearn vivía prácticamente en el campo.

Tenía la ventana abierta de par en par. Aspiró profundamente el aire de la noche, que olía a flores silvestres. En el cielo lucía una luna radiante, en fase de creciente.

Se oían cantar los grillos. Una luciérnaga pasó revoloteando y su chispa azulada serpenteó alocadamente en el aire hasta perderse a lo lejos.

A Dearn le parecía que era una paz perfecta. Era el ambiente que le convenía para su trabajo… a pesar de que iba a estudiar un caso de brujería.

De repente, observó una cosa muy curiosa.

Los grillos habían dejado de cantar.

El silencio era absoluto. Parecía como si jamás hubiese existido ningún sonido en aquel lugar.

De pronto, Dearn oyó un ligero ruidito casi debajo de su ventana.

Asomó el busto ligeramente. Cerca de la casa de la señora Brook pasaba un sendero que se perdía por los campos hacia las colinas del Oeste.

Una figura humana destacó de pronto en la cinta más clara del

sendero. Los rayos de luz lunar convirtieron su pelo en un casco plateado.

Asombrado, más por la silueta que por la cara, Dearn reconoció a la bella desconocida con la que se había tropezado aquel mismo día al salir de la librería.

La joven caminaba con pasos largos y fáciles, aunque no apresurados. Dearn se preguntó adónde podría ir a tales horas de la noche.

La señora Brook le había informado que no había casas habitadas más allá de la suya, en una extensión de unos veinte kilómetros. Dearn meneó la cabeza.

La joven, a fin de cuentas, era una mujer. Por su aspecto, parecía incapaz de ciertas acciones pero... «sí, sí, fíese usted de las apariencias», se dijo Dearn.

Ella se perdió de vista entre los matorrales que flanqueaban el sendero. Ni una sola vez volvió la cabeza hacia atrás.

Dearn se encogió de hombros. Las acciones de la bella desconocida no eran de su incumbencia.

Ya le estaba entrando el sueño. Apagó el cigarrillo en un cenicero, estiró los brazos y bostezó aparatosamente. Luego empezó a desnudarse.

A los pocos momentos, dormía como un tronco.

* * *

Pete Hamilton le miró suspicazmente.

—Sí, soy el encargado del archivo municipal —contestó afirmativamente a la pregunta que le hizo el forastero.

—Entonces, no tendrá inconveniente en permitirme examinar los legajos correspondientes a mil setecientos veintitrés — dijo Dearn.

—Bueno, inconveniente no hay ninguno, pero...

— Diga, señor Hamilton...

—¿Le importaría informarme qué es lo que desea saber de ese año, señor Dearn?

—En absoluto. Quiero examinar el proceso seguido contra Abner Manston, por el delito de brujería.

Hamilton torció el gesto.

—No nos gusta que se nos recuerde que aquí fue el último lugar donde se quemó a un brujo —murmuró con aire contrariado.

—Lo siento — dijo Dearn—. La culpa no es mía.

Ni suya, por supuesto.

—Sí, sí, lo sé, pero… En fin, venga conmigo.

Saltaba a la vista que el maduro archivero no accedía de buena gana. Pero Dearn sabía que no le quedaba tampoco otro remedio que acceder.

Hamilton le condujo a una polvorienta habitación situada en el piso más alto del Ayuntamiento en donde apilados en largas hileras de estantes, se divisaban numerosos legajos de documentos, ya amarillentos por el paso de los tiempos.

El archivero le señaló una sección de la estantería.

—Aquí está todo lo correspondiente al año mil setecientos veintitrés —informó.

—Muchas gracias, señor Hamilton —dijo Dearn —. Me gustaría corresponder a su amabilidad.

—Podría corresponder dejando los legajos tal como están, sin tocarlos — refunfuñó el archivero —. Pero sé que todo cuanto diga es inútil; si yo se lo negase, usted iría en busca del alcalde y…

—Señor Hamilton, Manston murió hace doscientos sesenta y cinco años. Estamos en mil novecientos ochenta y ocho. Nada de lo que ocurrió entonces le alcanza a usted… ni tampoco a ninguno de los vecinos del pueblo que pudieran resultar descendientes de los que intervinieron en aquel proceso.

—Pero a ninguno les gustará que se airee lo que pasó hace más de dos siglos y medio. Era una cosa prácticamente olvidada y usted la va a resucitar. Atraerá sobre nosotros todas las miradas… y hasta puede que lleguen bandadas de turistas ávidos de visitar la última ciudad de los Estados Unidos donde se quemó un brujo. No, señor, no gustará, créame usted pero ahí tiene el archivo.

Hamilton se marchó refunfuñando y echando pestes contra los curiosos que venían a turbar la paz de una población tranquila y apacible. Dearn sonrió divertidamente y luego se aplicó a la tarea.

Una cosa era cierta: los archiveros municipales habían sido todos, sin excepción, gente metódica y ordenada. A Dearn le costó bien poco encontrar el legajo que buscaba.

Los documentos estaban situados entre dos fuertes cartones atados con cintas. En la tapa de uno de ellos leerse:

**Actas del proceso por brujería seguido contra Abner Manston, vecino de Welldon.**

**Año de 1723.**

Había una mesa en el centro de la estancia y Dearn colocó el legajo encima del tablero. Soltó las cintas y entonces advirtió un

detalle singular.

Los documentos, pese al color amarillo conferido por el paso de los años, estaban completamente limpios. No había en ellos la menor mota de polvo.

¿Quién los había examinado antes que él... muy pocos días antes, puesto que todavía no habían tenido tiempo de recoger más polvo?

¿Había alguna otra persona interesada en el proceso?

En la primera hoja leyó el nombre del acusado, del fiscal y de sus jueces. Los nombres de los testigos se citaban a continuación. Un tal Henry Hamilton figuraba entre los testigos.

El acusado había tenido un defensor. El nombre de la persona que no había conseguido salvarle de la pira era Samuel Picknor.

Dearn tomó nota de todos aquellos nombres. Indudablemente, muchos de sus descendientes debían de vivir todavía en Welldon. Uno de ellos, ahora lo veía claramente, era Pete Hamilton, el archivero.

Mientras escribía, captó un detalle que corroboró sus primeras suposiciones acerca de la otra persona que había examinado el legajo antes que él. Un tenue y delicado perfume se desprendía de aquellas hojas escritas doscientos sesenta y cinco años antes. Era apenas perceptible y tal vez en otro ambiente le hubiera pasado inadvertido; en el campo, con aromas de flores silvestres o en la ciudad, con la gasolina quemada de los automóviles y los olores de las personas, pero en el archivo, donde sólo había una clase de olor, el de papeles antiguos prácticamente sin ventilar, el perfume se advertía fácilmente, pese a su tenuidad.

Durante unos momentos, Dearn permaneció inmóvil, tratando de adivinar la procedencia del perfume. Una mujer, indudablemente. Pero ¿quién?

Sin saber por qué, pensó en la bella desconocida. Luego agitó la cabeza y sonrió. ¿Por qué había de ser ella, precisamente? ¡Qué tonterías!

Pasó a la siguiente hoja. En ella, el relator describía la caída del meteorito, que luego el acusador había denominado fuego del diablo, atraído por los conjuros de Abner Manston para embrujar a toda la población con sus artes infernales.

## CAPÍTULO III

Nancy McDunnas consultó su reloj y torció el gesto. Era una mujer de mediana edad, seca y avinagrada. Phil, su marido, llevaba ya demasiado tiempo en la cama.

Nancy llevaba años enteros disgustada con su esposo. Orgullosa y déspota, no quería reconocer que ella era la culpable de las desavenencias conyugales. Su carácter arisco e hiriente había sido la causa de que Phil bebiese en los últimos tiempos más de lo acostumbrado.

Era rara la noche en que Phil McDunnas no venía a casa con una botella de aguardiente de maíz en el cuerpo. Con el tiempo, se había insensibilizado ya a los reproches de su esposa, de la cual no hacía caso en absoluto. Phil estaba tan harto de Nancy, que había acabado por irse a dormir a otra habitación de la casa.

Pero Nancy no lo quería reconocer así y opinaba que su marido, antes de convertirse en un beodo habitual, era un vago y un gandul que no servía para nada. Lo había repetido infinidad de veces, no sólo a sus amigas —«¿En qué estaría pensando yo cuando le contesté que sí a su propuesta de matrimonio? Debía de estar loca entonces...»—, sino que también lo había dicho delante de él, aumentando de este modo la humillación de su marido.

Otro hombre le habría medido las costillas con una buena vara o la habría echado a patadas de su casa. McDunnas había recurrido al medio más fácil: el alcohol, que le tapaba los oídos.

—Ese hombre llegará tarde al trabajo — gruñó Nancy, irritada —. Si yo tuviese otro carácter...

Los McDunnas vivían en una de las casas antiguas de Welldon. La parte vieja de la población se había conservado casi íntegra, con todo el encanto de las construcciones de la época. Los edificios nuevos habían sido levantados hacia el Este.

Nancy se asomó a la escalera y levantó la cabeza y la voz:

—¡Phil! ¡Es la hora ya! — gritó.

McDunnas no contestó. Cinco minutos después, Nancy repitió el aviso.

—¡Phil, maldito borracho! ¿Es que quieres que te despidan de la fábrica?

En vista de que su marido no contestaba, Nancy subió hasta la mitad de la escalera que conducía al piso superior y volvió a gritar, con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Vamos, Phil! ¡Son las siete y media de la mañana! ¡Hace media hora que tendrías que haberte levantado...! — Y después de una corta pausa, exclamó con amargura —: La culpa es mía por haberme casado con un vago y un inútil...

Harta ya de no recibir respuesta, Nancy subió al piso superior y llegó a la puerta del dormitorio ocupado por su marido.

—¡Phil! Pero, ¿es que te has creído que voy a pasarme el día llamándote? Es la última vez que te aviso, ¿me oyes? ¡La última vez!

Nancy frunció el ceño. Era bien cierto que Mac Dunnas llegaba bebido por las noches, pero el sueño disipaba los efectos del alcohol y ordinariamente se despertaba a la primera llamada. Ahora, sin embargo, demoraba la respuesta más de lo corriente.

Abrió la puerta. Phil continuaba durmiendo apaciblemente.

Nancy apoyó las manos en las caderas.

—Ya lo decía yo; cada vez mete más aguardiente en el cuerpo y...

Avanzó hacia la cama.

—¡Bill, condenado idiota! ¿Es que no quieres contestarme? No, no te hagas el dormido; a mí no me engañas tan fácilmente. ¡Levántate, te digo...

Y al mismo tiempo que le hablaba, agarró su brazo para despertarle con un buen zarandeo.

Entonces ocurrió algo espantoso, horripilante.

El cuerpo de Phil McDunnas se convirtió en ceniza, una ceniza gris, de espantosa apariencia, de la cual se desprendía un hedor insoportable. En pocos segundos, McDunnas perdió por completo su apariencia humana.

Sobre la cama, sólo quedaba un montón de hedionda ceniza.

Los ojos de Nancy se dilataron horriblemente. Abrió la boca, pero no consiguió gritar.

Su mudez duró solamente algunos segundos. Luego, girando sobre sus talones, se precipitó hacia las escaleras, chillando histéricamente. Eran los gritos de una loca y no tardaron mucho en ser oídos en la calle.

* * *

Rob Dearn se dirigía hacia el Ayuntamiento, dispuesto a

reanudar su trabajo de investigación, cuando vio un numeroso grupo de gente estacionada ante una casa.

Supuso que habría ocurrido alguna desgracia y se paró unos instantes a escuchar.

—Dicen que cuando fue a despertarle, se lo encontró convertido en ceniza.

—El pobre, estaba frito... Es natural que terminase abrasado —dijo un guasón.

—Yo creo que Phil quiso gastarle a su mujer la última broma antes de desaparecer del pueblo. Puso en la cama un montón de ceniza... ¡y ahí te quedas!

—Era un borracho.

—La verdad es que ella no le dejaba parar.

—Nancy tenía un carácter infernal. Phil no había sido nunca bebedor hasta que ella lo hartó y...

De pronto, Dearn advirtió que la bella desconocida estaba a pocos pasos de distancia, aunque apartada del grupo principal de la gente.

Un impulso irresistible le movió a acercarse a ella.

—Señora, ¿puede informarme qué ha sucedido? — preguntó.

—Creo que ha habido una muerte en esa casa, pero no sé más, salvo que es un tanto extraña — contestó la joven—. He oído algunas opiniones y ninguna coinciden.

—¿Conocía usted al difundo? Perdón, no me he presentado; soy Rob Dearn, escritor...

Ella sonrió ligeramente.

—Encantado, señor Dearn. Yo me llamo Janice Crowline — contestó —.Yo soy soltera.

—Es un placer, señorita Crowline —dijo Dearn. «¿De qué color eran sus pupilas?», se preguntó—. Entonces, ¿no conocía usted al difunto?

— Desdé luego que no, aunque puedo decirle su nombre, si tiene interés en ello. Se llamaba Phil Mac Dunnas.

—Mi interés es relativo; mera curiosidad de transeúnte contestó Dearn sonriendo —. Perdone por haberla molestado, señorita Crowline.

Ella hizo una gentil inclinación de cabeza.

—No ha sido ninguna molestia, señor Dearn — contestó.

El escritor continuó su camino.

Poco después, estaba en el archivo del Ayuntamiento. Durante la mañana, hizo un rápido repaso general de las actas del proceso, leyéndolas por encima y fijando su atención sólo en la parte más

interesante.

Una de las declaraciones atrajo particularmente su interés. El testigo se llamaba Jeremy McDunnas y aseguraba haber comido una de las maléficas manzanas del acusado, la cual le había dañado hasta el punto de llegar a las puertas de la muerte.

El defensor, Picknor, había intentado rebatir el testimonio de MacDunnas, diciendo que no negaba que hubiese podido ingerir una o más manzanas de las procedentes del huerto de Manston, pero que era falso que había estado a las puertas de la muerte, cuando no se le había visto faltar ni un solo día a su trabajo

McDunnas aseguró que era cierto cuanto decía. Por la noche, después de comer las manzanas, probarlas, mejor dicho, pues las tiró apenas vio que bajo la piel no había más que ceniza maloliente, había creído morir. Difícilmente pudo levantarse a la mañana siguiente y si lo hizo fue porque la recolección del centeno no podía esperar un día más; de lo contrario, se habría quedado en el lecho. McDunnas terminó su declaración afirmando rotundamente que Manston tenía un pacto con el diablo.

«¿Cómo se podían creer tales cosas en una época tan relativamente avanzada?», se preguntó Dearn.

El juez había admitido las declaraciones del testigo. Para Dearn, era evidente que estaba predispuesto contra el acusado. De otro modo, no se comprendía su comportamiento.

Dearn encendió un cigarrillo. Un McDunnas, doscientos sesenta y cinco años antes, había comido, o intentado comer, unas manzanas que se convertían en ceniza al primer bocado.

Otro McDunnas, aquel mismo día, doscientos sesenta y cinco años más tarde, había aparecido convertido en un montón de ceniza.

¿Existía alguna relación entre aquellos dos hechos, separados entre sí por un espacio de más de dos siglos y medio?

Dearn no creía en brujas.

— Phil McDunnas es un bromista de marca — concluyó sus reflexiones —. Puso un montón de ceniza en su cama para reírse de su mujer... y en lo que sí se ha convertido es en humo.

Como muchos hombres casados con mujeres avinagradas, egoístas y chillonas, harto ya de soportar a la suya, Phil McDunnas había tomado las de Villadiego.

«Ahora será feliz», resumió sus pensamientos con una sonrisa.

* * *

La señora Brook dijo:

— Se está cumpliendo la maldición de Abner Manston. Ha tardado dos siglos y medio, pero ahí la tenemos.

Dearn suspendió su agradable tarea y miró a la mujer con asombro.

—¿La maldición de Manston? — preguntó.

—Sí, señor Dearn. ¿No lo sabía usted?

—No. ¿De qué se trata, por favor?

—Abner Manston murió proclamando su inocencia. Atado ya al poste, sobre la pira de leña, prometió que un día sus descendientes vendrían a vengarse de los descendientes de quienes le habían condenado a muerte.

Para ocultar una sonrisa, Dearn se llevó la cuchara a los labios. ¡Estaba tan buena la sopa que hacía la señora Brook!

¿Cómo convencer a la buena mujer de que todo había sido un colosal bromazo de Phil McDunnas?

—Hay en el pueblo algún descendiente de Manston? — preguntó, a poco.

—Tuvo un hijo, pero lo abandonó antes de que lo acusaran de brujo.

—¿Quién abandonó a quién? —solicitó Dearn una aclaración a la frase que le había parecido poco explícita.

—El hijo, naturalmente. Manston, todo hay que decirlo, tenía un carácter endemoniado, según cuentan. Se hartó de los malos tratos de su padre y abandonó Welldon.

—¿Se sabe adónde fue?

La señora Brook se encogió de hombros.

—Hay quien dice que se fue a Boston, pero no es seguro —contestó—. En aquellos tiempos, con las comunicaciones tan lentas, las cosas tardaban mucho tiempo en conocerse. Además, creo que Manston no fue nunca demasiado explícito sobre el particular.

—Así que usted cree que McDunnas ha muerto víctima de un posible descendiente de Manston.

—¿Puede pensarse otra cosa? — contestó la mujer.

Podía pensarse otra cosa, en efecto, pero Dearn no sentía deseos de enfrascarse en una discusión en la que llevaba todas las trazas de perder.

El espíritu de los antiguos habitantes de la casa moraba todavía en el alma de la señora Brook. Todo cuanto dijera al respecto en contra de su opinión, sería rechazado contundentemente.

La señora Brook creía firmemente en la venganza de Manston y nada la haría cambiar de su modo de pensar.

El teléfono sonó en aquel momento. Hannah Brook lo atendió y después dijo:

— Es para usted, señor Dearn.

## CAPÍTULO IV

El joven tomó el aparato.

—Habla Dearn — anunció.

—Hola, Rob —saludó Felicia Mylner—. Creo que han ocurrido cosas interesantes en Welldon.

—¿Interesantes? No, todo sigue en orden...

—Rob, tengo delante de mí un periódico con la noticia de un hombre convertido en cenizas. El reportaje dice que se trata de un caso misterioso...

—Bueno. Pero ¿usted es editora de libros o de una agencia de prensa, no?

—El caso me ha chocado, Rob, eso es todo. ¿Qué sabe usted acerca de ello?

—No se preocupe. El supuesto difundo estaba harto de su mujer y se largó de la casa. Dejó un montón de ceniza para gastarle una broma macabra, eso es todo.

Felicia se echó a reír.

—Comprendo. Un sutil humorismo, ¿no?

—Así lo calificaría yo, además de macabro, como he dicho. Pero no crea en muertes misteriosas... ni aunque le digan que el supuesto difunto era descendiente de uno de los que enviaron a Manston a la hoguera.

—¿Qué me dice usted? —se asombró la joven.

—Lo que oye, Felicia. Tengo la lista completa de cuantos intervinieron en el proceso. Un tal McDunnas acusó a Manston de haberle hecho brujería.

—Comprendo.

—Aquí se cree que la maldición de Manston ha empezado a cumplirse. Personalmente, yo opino que no hay nada sobrenatural en este asunto...

—¿Qué es la maldición de Manston, Rob? —preguntó Felicia.

Dearn se lo explicó en breves palabras.

—Un bonito tema para un libro de misterio — calificó la joven —. Pero opino como usted, no es más que una broma. Bien, cuénteme, ¿qué tal van sus trabajos?

—He estado revisando por encima las actas del proceso. Pienso

meterme a fondo con ellas a partir de mañana. Un asunto interesante, créame. Usted tiene un buen olfato para estas cosas.

—Me atrajo el tema, eso es todo. Hasta otro rato, Rob.

—Adiós, Felicia.

Dearn colgó el aparato ligeramente preocupado. Había algo en lo que no se le había ocurrido pensar hasta aquel momento.

Sí, tendría que preguntárselo a Felicia. ¿Cómo se había sentido la joven editora atraída por el tema de la muerte del último brujo de los Estados Unidos? ¿De dónde había sacado la idea?

Bueno, era algo que no corría demasiada prisa. En otro momento...

Cuando se volvió, advirtió que la señora Brook le estaba mirando con aire reprobatorio.

— No se trata de una broma —dijo la mujer gravemente—. El descendiente de Manston ha iniciado ya el cumplimiento de la maldición.

* * *

Encendió un cigarrillo y expulsó el humo pausadamente. La noche era clara, agradable. Los grillos cantaban su monótona canción. Apenas si soplaba una brizna de viento.

La luna barría las estrellas. De pie, junto a la ventana de su habitación, Dearn contemplaba el paisaje nocturno. A lo lejos, se divisaban las siluetas de las colinas del Oeste.

Al otro lado estaba el huerto de Abner Manston. Llevaba doscientos sesenta y cinco años abandonado.

Resultaría interesante contemplar el lugar donde había caído el meteorito, el sitio donde habían existido unos manzanos que habían dado unas frutas maravillosas... que luego se habían convertido en ceniza.

Tenía que describirlo en su libro. La descripción diría cómo era ahora el huerto de Manston. Los ojos de su imaginación le harían ver a la gente cómo era el huerto en la época del proceso.

El archivo municipal podía esperar. Estaba decidido.

Al día siguiente, por la mañana, iría a visitar el huerto.

De repente, notó que los grillos se habían callado.

Un silencio profundo reinaba en los campos. Dearn se sintió acometido por una extraña sensación.

Oyó un ruido de pies que se movían por encima de la gravilla. Al mirar hacia abajo, supo que vería a Janice Crowline.

La joven se alejó por el sendero hacia las colinas. Tras algunos

segundos de reflexión, Dearn acabó por pensar que a Janice no le impresionaban en absoluto las leyendas macabras.

— El amor es más fuerte que los espectros —se dijo.

* * *

A la mañana siguiente, después de la última taza de café, anunció su propósito:

—Voy a darme un paseo hasta el huerto de Abner Manston.

Hannah Brook le dirigió una larga mirada.

—Allá usted; pero, en su lugar, yo no iría —declaró.

—¿Por qué, señora Broock?

—Es un lugar maldito, señor Dearn.

—¿De veras lo cree así?

El voluminoso pecho de la mujer se hinchó tempestuosamente.

—Lo creerá o no, pero todos los habitantes de Welldon consideramos el valle que hay al otro lado de las colinas como un lugar maldito. Es más, aunque le pueda parecer raro, nadie, después de que Manston murió quemado en la hoguera, ha vuelto a ir por allí.

Dearn estuvo a punto de contradecir a la señora Brook, pero no quiso atraerse sus iras.

—Es hora ya de que alguien rompa esa tradición, ¿no cree? —dijo con expresión sonriente.

Hannah se encogió de hombros.

—No puedo impedírselo, aunque ya se lo he advertido. Si le ocurre alguna desgracia, la culpa será de usted solamente.

Dearn ocultó una sonrisa. Terminó el café, se limpió los labios y se puso en pie.

— Hace un tiempo estupendo — observó —. Sería una lástima desaprovechar este día quedándome en el pueblo. Un paseo hasta el huerto de Manston me sentará muy bien.

Hannah Brook ya no dijo nada más. Haciendo caso omiso de su severa mirada, Dearn cruzó el comedor, pasó a la cocina y salió por la puerta trasera.

Momentos después, se hallaba en el sendero. A los pocos centenares de metros, advirtió que los arbustos y matorrales cubrían por completo el camino por donde antiguamente Abner Manston iba y venía al pueblo.

Abandonó el sendero y caminó por encima de un suelo cubierto de espeso césped. Parecía inconcebible que un pueblo entero, a finales del siglo XX, viviese todavía bajo el peso de una maldición.

Aquellos campos no habían sido cultivados. Nadie había querido ir más allá de las últimas casas después de la muerte de Manston. ¿Miedo a la maldición?

Indudablemente, el sentimiento de culpa colectiva debía de haber durado mucho tiempo en los habitantes de Welldon. Pero desde entonces se habían sucedido ya varias generaciones. Y no todos habían intervenido en aquel fanático proceso.

Pero era preciso atenerse a la realidad. Los campos estaban desiertos, sin cultivar. Árboles, arbustos y matojos crecían en absoluta libertad.

Alcanzó las colinas y rodeó una de ellas, pasando al otro lado por una vaguada. Desde la altura, contempló el valle.

Realmente, era más bien un cuenco, aunque no cerraba del todo. A lo lejos, divisó un arroyo que corría por la base de las colinas del lado opuesto. El arroyo salía por un paso relativamente angosto, aunque de paredes poco inclinadas. En el centro de aquel cuenco estaba el huerto de Manston.

Había sido un lugar muy fértil. El arroyo había proporcionado agua continuamente. Todavía se divisaba la arruinada estructura de piedra de la chimenea de la casa donde había vivido Manston. Naturalmente, los troncos que habían formado parte de la edificación habían desaparecido con el tiempo.

Su vista recorrió todo el ámbito del valle. De pronto, Dearn divisó algo que le hizo perder el aliento durante unos segundos.

El huerto de Manston estaba allí, no cubierto de hierba y malezas como había esperado hallarlo, sino en un estado de aparente normalidad.

Había multitud de manzanos. Todos ellos aparecían bien cuidados... ¡y sus copas estaban rebosantes de fruto!

Dearn creyó que la cabeza le daba vueltas. Haciendo un poderoso esfuerzo sobre sí mismo, tomó impulso y se lanzó cuesta abajo.

Alcanzó el primer manzano. Alargó la mano y arrancó uno de los frutos.

La manzana era grande, dorada, resplandeciente, con algunas ligeras vetas de color rojo en uno de sus lados. El aroma a fruta fresca que despedía era delicioso.

Dearn se sintió tentado de hincarle el diente. Realmente, la manzana ofrecía un aspecto muy apetitoso.

Pero recordó la leyenda. ¡Manzanas de aspecto maravilloso, que se convertían en ceniza al morderlas!

Con la mano derecha, hurgó en sus bolsillos y sacó un

cortaplumas, que abrió con la ayuda de los dientes. Luego, resueltamente, hincó la hoja en el fruto y lo partió por la mitad.

Un hedor espantoso brotó al instante de las dos mitades de la manzana. Dentro no había una pulpa blanca, jugosa, refrescante... sino ceniza.

La ceniza era gris, pulverulenta y cayó al suelo lentamente, mientras la atmósfera quedaba invadida por aquel horrible olor que revolvía el estómago. Aterrado, Dearn dejó incluso la navaja, dio media vuelta y huyó frenéticamente de aquel lugar maldito.

* * *

La señora Brook no estaba en casa.

Seguramente, estaría de visita en casa de alguna amiga. Dearn decidió que la ocasión no se podía presentar mejor; así, Hannah no podría curiosear.

Se dirigió al teléfono y pidió a la central comunicación con Boston. Un minuto después, Felicia Mylner estaba en contacto con él.

—Presiento que tiene algo que comunicarme, Rob —dijo la joven—. ¿De qué se trata?

—Usted conoce la leyenda de Abner Manston, por supuesto.

—Sí, claro; lo condenaron a la hoguera por brujería.

—Pero ¿qué me dice del motivo de esa condena?

— ¿Las manzanas embrujadas, que se convertían en ceniza al morderlas?

—Sí, eso mismo, Felicia.

—Oh, vamos, Rob, aquello fue el proceso de las envidias, diría yo. Es más, aseguraría que el pobre Abner fue un hombre que cuidaba muy bien su huerto y por eso los manzanos daban frutos mejores que los de sus competidores. La envidia...

—En este caso, no hubo envidia, Felicia. Los manzanos dieron frutos que se convertían en ceniza al tocarlos.

— ¡Por favor, Rob! ¡Eso está bien para una leyenda... para hacerlo figurar como motivo del proceso, pero no para dar crédito absoluto a lo que fue sino el producto de la envidia, la superstición y la ignorancia!

—Felicia — dijo el escritor tranquilamente —, ¿usted me cree a mí envidioso, supersticioso e ignorante?

—Por supuesto que no, Rob; pero ¿qué tiene que ver...?

—Tampoco cree que soy aficionado al alcohol, ¿verdad?

—Pero, Rob, ¿qué disparates está diciendo? —se extrañó la

joven.

— Felicia, le he hablado así para que se percate de que no hablo por hablar ni he visto visiones a causa del alcohol o de la ignorancia. He estado en el huerto de Manston.

—¿Y…?

—Está abandonado. Nadie ha ido allí desde que murió Manston.

—El temor, sin duda…

—Es muy posible, Felicia, pero yo acabo de volver de allí y he visto los manzanos cargados de fruto.

—Bueno, la época es propicia, ¿no? Estamos en septiembre, Rob.

—Sí, pero, ¿quién ha cuidado los manzanos durante dos siglos y medio?

—Rob, ¿tiene eso algo que ver con…?

—Todavía no he terminado, Felicia —le interrumpió Dearn—. Tomé una manzana y la partí por la mitad con mi navaja. Se convirtió en ceniza, ceniza apestosa y hedionda, repugnante a la vista y odiosa al tacto. Eso es lo que hay en el huerto de Abner Manston, Felicia.

## CAPÍTULO V

Aquella noche, Rob Dearn se apostó en la ventana. Tenía el presentimiento de que la hermosa Janice Crowline estaba relacionada de algún modo con el misterio de las manzanas del huerto de Abner Manston.

Janice pasó a la hora acostumbrada. Dearn dejó pasar algunos minutos y luego, sin hacer ruido, descendió de su habitación, atravesó la sala y la cocina y salió al campo.

Apretó el paso hasta divisar a lo lejos la alta silueta de la joven. Una vez se hubo situado a prudente distancia, la siguió, acomodando su paso al de ella.

Una hora después, Janice llegó al huerto. La radiante luz de la luna, a punto de entrar en la fase de plenilunio, permitía una fácil visión de todos los detalles.

Janice se acercó primero a las ruinas de la casa. Estuvo unos momentos inmóvil y luego, dando media vuelta, caminó cosa de cien metros, hasta situarse casi en el centro del huerto.

Dearn estaba apostado tras unos arbustos y la veía perfectamente. La joven levantó la mano, arrancó una manzana y empezó a comerla con toda naturalidad.

Dearn se quedó atónito. ¿Era posible que...?

Al cabo de unos momentos, Janice tiró el corazón de la manzana a un lado. Sacó un pañuelito y se limpió los labios. Luego se dispuso a marcharse.

De pronto, Dearn la vio detenerse, como si hubiese visto algo en el suelo. Janice se agachó, recogió un objeto que Dearn no pudo distinguir a causa de la distancia y lo examinó con preocupada expresión.

Un rayo de luz brotó de repente de aquel objeto. Dearn contuvo una interjección.

— ¡La navajita! — murmuró entre dientes.

Ahora se acordaba de que la había dejado caer al suelo cuando vio que la manzana se le convertía en ceniza. No le importaba haberla perdido por el valor en sí, sino porque tenía sus iniciales grabadas en el mango.

Janice guardó la navaja en el bolsillo de su falda. Luego, con el

mismo paso fácil y cadencioso de costumbre, emprendió el regreso a la ciudad.

Dearn se agachó para no ser visto. Ella pasó a pocos metros de su escondite y se perdió de vista a los pocos momentos.

Dearn permaneció en la misma postura durante varios minutos. Luego, incorporándose se acercó a uno de los manzanos.

Alargó la mano y la retiró. Le daba miedo tocar las manzanas que pendían de las ramas. De pronto, se decidió y arrancó una.

Durante unos segundos, contempló el fruto con gesto irresoluto. Luego, casi con rabia, le hincó el diente.

No llegó a dar un mordisco entero; solamente dejó marcada la dentadura. Pero parte del jugo entró en su boca y notó que era muy sabroso. Era una manzana realmente sabrosa.

— Por el día se convierten en ceniza — murmuró —.

Por la noche, son manzanas auténticas — murmuró, tremendamente desconcertado.

A pesar de todo, un oscuro instinto le hizo soltar la manzana. Tenía miedo de comerla.

Al cabo de un rato, se dispuso a emprender la vuelta. Entonces notó que se le había introducido una piedrecita en el zapato.

Le molestaba bastante y se lo quitó, para sacudir el estorbo. Mientras lo hacía, apoyó el pie descalzo en el suelo.

Entonces notó algo extraño. El suelo estaba caliente.

Se agachó y apoyó la mano en la tierra. No, no cabía la menor duda; no era ninguna ilusión.

Brotaba un extraño calor del suelo, perfectamente soportable, sin embargo. Eran las doce de la noche y el calor acumulado durante el día por la radiación solar debía haberse disipado.

Era otro de los misterios del huerto de Abner Manston. Apresuradamente, se calzó el zapato de nuevo y escapó de allí a la carrera.

* * *

Por la mañana, creyó en un principio que todo había sido un sueño. Una vez completamente despierto, se convenció de que lo que había visto y oído... y gustado era completamente real.

Janice Crowline había estado en el huerto de Manston, había comido una manzana, había encontrado su navaja... él había probado también otra manzana, convenciéndose de su autenticidad... y había descubierto que el suelo despedía un extraño calor.

Trató de buscar una explicación natural para estos fenómenos.

A Janice le gustaban los paseos solitarios bajo la luz de la luna y también le gustaban las manzanas. En cuanto a él, la primera manzana que había cogido estaba podrida por completa. Tal vez una plaga desconocida, que respetaba la piel…

En cuanto al calor del suelo, podía explicarse debido a que el huerto estaba muy protegido de los vientos dominantes y conservaba el calor solar más que otros terrenos. Eso era todo, no había fenómenos sobrenaturales.

Completamente animado, desayunó con buen apetito. Después, se dijo que era preciso continuar con la historia de Abner Manston.

Pasó toda la mañana en los archivos municipales. Uno de los párrafos llamó especialmente su atención.

Era el relato de la ejecución de Manston. Los detalles eran estremecedores, pese al estilo antiguo en que estaba redactada la narración. El cronista había dejado escrita una aterradora pequeña obra de arte.

En ella se describía muy especialmente al verdugo, no un profesional, sino un vecino de la aldea que siempre se había distinguido por su fanatismo. Thomas Snooke fue el que se encargó de recoger y apilar la leña, en torno al poste que él había clavado en el centro de la plaza, y fue también quien, cuando los guardias ciudadanos trajeron al reo, lo sujetó al madero con unas fuertes cadenas suministradas por él mismo.

Cuando llegó la hora del suplicio, Snooke, al arrimar la antorcha a la leña, gritó, según el cronista:

— ¡Así mueran también todos los que han hecho pacto con el Maligno!

Dearn se imaginó fácilmente todo el horror que debió sentir aquel desdichado inocente. Manston había podido tener sus defectos, pero no había merecido en modo alguno muerte tan cruel.

Hondamente impresionado, abandonó el trabajo poco después de mediodía, con un buen puñado de notas en el bolsillo, que pensaba poner en limpio por la tarde. Salió del Ayuntamiento y se encontró en la antigua plaza de Welldon.

El aspecto del lugar no debía de haber cambiado mucho en doscientos sesenta y cinco años. Las casas se conservaban casi como en la época de Manston y aunque algunas eran de madera, resultaba evidente que sus sucesivos moradores se habían esmerado en conservarlas y evitar su ruina.

Janice estaba cerca del centro, bajo la sombra de un frondoso olmo. Un oscuro impulso le hizo aproximarse a la joven.

Ella parecía abstraída en sus pensamientos. Dearn estudió su perfil, completamente clásico, con líneas de pureza sin igual. El pelo, cuidadosamente peinado, ofrecía el aspecto de un casco de oro puro.

—Aquí, hace dos siglos y medio, quemaron vivo a un hombre acusado de brujería —dijo Dearn.

Janice se volvió y le dirigió una larga mirada.

Una suave sonrisa apareció en sus labios.

—Conozco la historia, señor Dearn —contestó.

—Quizá este mismo olmo presenció el suplicio de Manston —aventuró él.

—No tendría nada de extraño. Es un árbol centenario... ¿Le interesa a usted la historia de Abner Manston?

—Un poco —confesó el joven—. ¿Conoce la maldición que profirió momentos antes de morir abrasado?

Ella hizo un signo afirmativo.

— Era la reacción lógica de un inocente condenado — respondió —. Sobre todo, teniendo en cuenta su carácter enérgico.

—Otro, en su lugar, habría suplicado clemencia. ¿No es eso lo que usted quiere decir, señorita Crowline?

—En efecto. Claro que eran cosas de aquellos tiempos. Ignorancia, superstición...

—Y envidia, ¿no le parece?

—Muy posible —admitió Dearn—. ¿Es usted de Welldon, señorita Crowline?

—No. No he nacido en esta población. Me encuentro aquí accidentalmente, por cuestiones de una herencia.

—No quise ser indiscreto —se excusó Dearn—. Perdone si la he molestado.

—En absoluto —sonrió Janice—. El pueblo me gusta; es limpio, tranquilo y apacible. Quizá acabe quedándome a vivir en él.

—¿A pesar de su leyenda?

—Otras ciudades tienen leyendas más siniestras todavía y la gente sigue viviendo en ellas. Esto es cosa que depende de la conveniencia de cada uno, señor Dearn.

—Por supuesto. A mí también me gusta Welldon. Estaré aquí una temporada, probablemente, hasta la entrada del otoño. Soy escritor — agregó el joven.

—Una profesión fascinante —sonrió Janice—. Por cierto... ¿Sale usted a pasear por el campo?

—A veces —contestó Dearn cautamente.

Janice tenía su bolso pendiente del brazo y lo abrió.

—Me encontré una navajita — manifestó—. Tiene unas iniciales idénticas a las de usted, señor Dearn. ¿Es suya?

Dearn negó con la cabeza.

—Mera coincidencia, señorita Crowline —contestó. En modo alguno quería que ella supiese que había estado en el huerto de Manston.

—Lo siento. —Janice guardó la navaja de nuevo—. Tendrá que dispensarme, señor Dearn.

—No faltaría más — contestó el joven.

Janice se despidió de él con una ligera inclinación de cabeza y se alejó hacia la parte nueva de la población. Dearn supuso que se alojaría en algún hotel de estilo moderno.

De pronto, notó algo raro en el ambiente.

Aspiró con fuerza. Janice había dejado tras sí una suave estela de perfume ¿Dónde lo había percibido él antes de ahora?

Casi en el acto, identificó el perfume. Era el mismo que desprendían las hojas del legajo del proceso de Manston.

Regresó a la casa sumamente pensativo.

La señora Brook le acogió con una risita irónica.

—Hermosa muchacha la Crowline, ¿verdad? —comentó.

Dearn miró a Hannah con suspicacia.

— Sí, muy guapa —convino—. ¿La conoce usted?

—La he visto alguna vez por la calle. Ya lleva dos semanas en Welldon.

—Ella me ha dicho que es por cuestión de una herencia. ¿Sabe usted algo al respecto?

—¿Por qué no se lo pregunta a Davy Barris?

—¿Quién es ese Davy Barris, señora Brook?

—El encargado del registro de tierras y notario. Si es cuestión de una herencia... Y si la chica continúa interesándole, Barris le pondrá al corriente de todo. Pero tendrá que gastarse con él el importe de una botella de buen aguardiente.

—Tal vez merece la pena —sonrió el joven—. A propósito, ¿se ha sabido algo más de Phil McDunnas?

Hannah meneó la cabeza.

—No — contestó —. Lo único que puedo decirle es que su esposa ha pedido permiso para enterrar las cenizas de su marido en el cementerio.

—¿Y se lo han dado?

Hannah sonrió.

—El doctor Harbolt ha dispuesto que la trasladen a un manicomio —respondió intencionadamente. —. Pobre, la fuga de su

esposo la ha vuelto loca de remate.

«Por suerte, el señor Brook falleció hace tiempo —pensó Dearn—. De lo contrario, habría acabado también por fugarse, como lo hizo McDunnas.»

## CAPÍTULO VI

Abigail Snooke se levantó aquella mañana más temprano que de costumbre, dejando a su marido en la cama. Abigail era una mujer muy activa; tenía que cuidar del gallinero y luego limpiar un buen montón de mazorcas de maíz. Después haría la masa para cocer los bizcochos que tanto le agradaban a su esposo. Luego, mientras la levadura hacía fermentar la masa, arreglaría la vivienda y, al mismo tiempo, iría preparando el desayuno.

Abigail tenía el sueño muy profundo. Su esposo había regresado un poco tarde del trabajo; ella le había dejado la cena preparada y se había acostado temprano, previendo que tendría que madrugar. Hasta que no llegó la hora de despertarse, Abigail pasó la noche en un soplo. Un cañonazo no habría sido suficiente para despertarla.

A las ocho en punto se dispuso a despertar a Miles, su esposo. Cuando Miles llegaba un poco tarde de su trabajo, al día siguiente se retrasaba otro tanto. Era algo ya convenido hacía años con el patrón, así que no había cuidado si en lugar de entrar a las ocho llegaba a las nueve y media o las diez.

Abigail subió al dormitorio y abrió la puerta. Desde el umbral, llamó:

—Miles...

Su marido no contestó. Abigail repitió la llamada, ahora en tono más fuerte.

—¡Miles!

La mujer hizo un signo con la cabeza.

—Sí que tiene hoy el sueño pesado — murmuró.

Y avanzó hacia la cama.

—Vamos, gandul —le apostrofó cariñosamente, a la vez que le agarraba por un brazo, para darle una fuerte sacudida.

Entonces, súbitamente, el cuerpo de Miles Snooke se convirtió en ceniza hedionda. Fue una transformación operada en escasos segundos, de una manera increíblemente rápida.

Medio minuto después, el cuerpo de Snooke había sido sustituido por una apestosa masa de polvo gris, cuyo olor producía unas náuseas incontenibles. Abigail, enloquecida de horror, abandonó el dormitorio profiriendo gritos estridentes, que en pocos

instantes, llamaron la atención de todos los vecinos de la calle. Corrió frenéticamente, lívida, desmelenada, emitiendo palabras incoherentes, hasta que unos vecinos compasivos pudieron alcanzarla y reducirla, esforzándose luego para calmar lo que todos creían un ataque de locura surgido inesperadamente.

* * *

El doctor Harbolt salió de la casa, acompañado de Hal Rogers, jefe de policía de la ciudad.

Harbolt llevaba en la mano un frasquito lleno de una sustancia gris.

—Hal, ocúpese de que nadie toque nada en esa casa —dijo—. Voy a encargarme personalmente de analizar estas cenizas. ¿Comprendido?

—Sí, doctor — contestó el jefe de policía —. Váyase tranquilo por mi parte.

—Gracias, Hal, hasta la vista.

Harbolt se alejó. Dearn había oído las anteriores palabras, como muchos de los curiosos que se agolpaban a la puerta de la casa de los Snooke.

Dearn se sentía intrigado y hasta aterrado. ¿Estaba cumpliéndose la maldición de Manston?

McDunnas, descendiente de uno de los testigos, había desaparecido. Ahora le había tocado el turno a Miles Snooke, descendiente del Thomas Snooke que había encendido la pira sobre la cual había ardido Manston.

Según lo que había oído, sólo restaban cenizas de Miles Snooke. Ahora, se dijo Dearn, no cabía hablar de una broma más o menos macabra.

La señora McDunnas había sido trasladada a un manicomio. Abigail Snooke estaba en casa de unos amigos, durmiendo profundamente bajo los efectos de un sedante propinado por el galeno.

Dearn se dijo que, en caso de que lo de la maldición resultase cierto, era una extraña coincidencia que hubiese empezado a tener efecto a poco de su llegada. Pero, si era así, ¿por qué no morían los descendientes de los protagonistas del proceso de otro género de muerte? Veneno, puñal, pistola... cualquier otro medio habría resultado más lógico que no la transformación de un cuerpo humano en ceniza.

Además, y esto era lo realmente incomprensible, Abigail había

dormido toda la noche junto a su esposo, sin notar nada extraño. ¿Qué poder tan misterioso tenía el presunto descendiente de Abner Manston para convertir en ceniza los cuerpos humanos?

Dearn se acordó de la primera manzana arrancada del árbol y sintió un escalofrío. Tenía la sensación de que estaba enfrentándose con un horror sin nombre.

Volvió la cabeza. Janice Crowline estaba a diez o doce pasos de distancia, separada del grupo principal, seria, hermética, inmóvil. Su esbelto pecho subía y bajaba acompasadamente. Dearn apreció la viveza de tono de sus labios, rojos, jugosos, en los que el más profano advertía la falta del lápiz de color.

Los comentarios, esta vez, se hacían en voz mucho más baja. Nadie gastaba bromas a costa del desaparecido Snooke.

Dearn se dio cuenta de que la gente de Welldon empezaba a sentir miedo.

* * *

Davy Barris contempló a su visitante por encima de los cristales de sus anticuados lentes con cerco de metal. Era un hombrecillo casi calvo, delgado y vivaracho, con la sonrisa siempre a flor de labio.

—¿En qué puedo servirle, señor Dearn? —dijo, tras invitarle a sentarse en una silla frente a su mesa de despacho.

—Bueno —dijo el joven—, yo no quisiera parecer inoportuno, aunque sí curioso... esto confieso serlo — agregó con una sonrisa —. De todas formas, señor Barris, si no le gusta lo que voy a preguntarle, me lo dice y en paz.

—No se preocupe, muchacho; aquí se oyen muchas cosas... aunque en la calle, hoy, se oyen más. ¿Qué le parece lo de Miles Snooke?

—Soy forastero — excusó Dearn una respuesta concreta —. He oído algo, pero me parece que se trata de problemas locales.

Barris meneó la cabeza.

—Lástima —dijo—. Hoy he tenido que entrar a trabajar más temprano... Dejé ayer unos trabajos pendientes y no he podido pararme a hablar con la gente. Bueno, luego tendré tiempo de conversar con los amigos. Hablemos ahora de su asunto, señor Dearn. ¿De qué se trata?

—Es... referente a una muchacha conocida mía — dijo Dearn—. Se llama Janice Crowline. Ella me habló de que estaba aquí por cuestión de una herencia... Me agradaría saber algunos detalles de la misma, si es posible.

—¿Es usted investigador, detective, policía, periodista? — preguntó Barris.

Dearn meneó la cabeza.

—Simple particular — contestó —. Por eso dije antes que no me enfadaría si no quería informarme. Comprendo perfectamente lo que es el secreto profesional, señor Barris.

El notario sonrió.

—En verdad, no tiene gran importancia — contestó —. Janice Crowline ha venido a reclamar los terrenos de Abner Manston.

Dearn apretó los labios.

Era la respuesta que había esperado. El instinto se lo había dicho desde el momento que Janice mencionó los motivos de su estancia en Welldon.

—Según tengo entendido —dijo—, Abner Manston murió dejando un hijo, quien ya faltaba del pueblo en el momento de la muerte de su padre. ¿Es posible que una herencia pueda ser reclamada al cabo de doscientos sesenta y cinco años? Yo creía que, en un caso así, los terrenos pasaban al dominio público... o bien se los quedaba el municipio como compensación por la falta de abono de impuestos, vendiéndolos luego en pública subasta.

—Así ocurrió hace dos siglos y medio, tengo entendido — contestó el notario—. Pero ahora resulta que Janice Crowline alega tener derechos a esos terrenos.

—No será descendiente de Manston, ¿verdad? — se alarmó el joven.

Barris soltó una de sus características risitas.

—¡Oh, no! Lo que sí parece es que un antepasado suyo compró los terrenos a uno de los descendientes de Manston. — El notario hizo un signo con la cabeza —. A mi entender, se trató de un timo. El vendedor había perdido ya todo derecho, puesto que los terrenos habían pasado a ser propiedad del municipio.

—Y el comprador creyó en su buena fe.

—Posiblemente. Janice encontró los documentos en su casa y vino aquí para ver qué se podía reclamar sobre el particular. Todavía no hay ninguna resolución concreta.

—Gracias, señor Barris. —Dearn comprendió que ya tenía suficiente —. Le ruego me perdone las molestias.

—Ha sido un placer, amigo mío — contestó el notario.

Dearn salió a la calle y encendió un cigarrillo.

El despacho de Barris estaba en la parte antigua de Welldon. Había algunos corrillos de gente que comentaban en voz baja el misterioso suceso de la mañana.

El miedo flotaba sobre el ambiente del pueblo. Podía palparse incluso, pensó Dearn.

Hasta él empezaba a tener miedo.

* * *

La señora Brook puso los platos sobre la mesa.

—La maldición de Manston, no cabe la menor duda —dijo.

—¿Usted cree en ella, señora? —preguntó Dearn.

—Salta a la vista, ¿no? ¿No ha muerto McDunnas? ¿Y Snoooke? Ambos eran descendientes de personas que intervienen en el proceso contra Manston.

—Sí, pero ¿cómo aparecieron sus cuerpos convertidos en cenizas?

—El descendiente de Manston, como su antepasado, ha hecho pacto con el diablo — aseguró la mujer muy seriamente.

—¿Cree usted que Manston había vendido su alma al diablo a cambio de la facultad de poder hacer brujerías?

Hannah apretó los labios.

—Si le dijese lo que pienso, usted no me creería. Es un escéptico y se burlaría de mí.

—Le prometo creer en su palabra, señora Brook

—afirmó Dearn.

—Bien, pues lo que yo pienso es...

El teléfono sonó de pronto, interrumpiendo a la mujer. Hannah terminó de dejar los platos y se acercó al aparato.

Escuchó un momento. Luego se volvió y dijo:

—Le llaman de Boston, señor Dearn.

## CAPÍTULO VII

Era Felicia Mylner.

—Rob, ¿qué noticias tiene para mí? —preguntó la editora—. He leído los periódicos y las informaciones son tan confusas como fantásticas.

—Bueno, algo de verdad hay — contestó Dearn cautamente—. También es posible que se trate de una serie de bromistas...

—¿Eso es lo que usted cree, Rob?

Dearn se sabía escuchado por la señora Brook. Volvió la cabeza y la mujer se dirigió hacia la cocina con paso vivo.

—Felicia, aquí hay un misterio poco menos que indescifrable. Sólo le diré que los dos presuntos desaparecidos, o bromistas, como quiera llamarlos, eran descendientes de dos de los protagonistas del proceso Manston. Si McDunnas lo acusó de brujería, Snooke fue el que arrimó el fuego a la leña de la pira.

—Oiga, ¿y no se tratará de una venganza privada, la cual se trata de enmascarar con el pretexto de la maldición de Manston?

—No se me había ocurrido, Felicia. Es posible que sea así... pero, en tal caso, ¿qué arma tan espantosa usó el asesino? Porque si es cierto que las cenizas proceden de las víctimas, la transformación del cuerpo duró menos de un minuto.

—Un arma extraplanetaria — rió Felicia.

—Esto no es cosa de broma — gruñó él —. Lo único cierto es que dos hombres faltan y que su desaparición resulta incomprensible.

— ¡Pues procure hacerla comprensible, hombre! Tal vez obtenga ahí material para dos libros, el del proceso y el de la venganza. Y si ésta, la venganza por la maldición no resulta cierta, al menos tendrá tema para una buena novela policíaca.

—Haré lo que pueda, Felicia —contestó Dearn—. Pero yo voy a pedirle a usted un favor.

—Sí, Rob, lo que quiera.

—El hijo de Manston se fue de Welldon a Boston. La cosa ocurrió hace dos siglos y medio..., pero tal vez se encuentren rastros de él. Y de sus descendientes, claro.

—Comprendo, Rob. ¿Cómo se llamaba el hijo de Manston?

—Espere, voy a preguntarlo; es algo que no se me había ocurrido hasta ahora.

Dearn tapó el micrófono con la mano y llamó:

— ¡Señora Brook!

Hannah apareció a los pocos segundos, enjugándose las manos con el delantal.

—¿Señor Dearn?

—Por favor, ¿sabe usted el nombre del hijo de Abner Manston? Sí, ese que se cansó de los malos tratos de su padre y se marchó a Boston.

—Nephtalí, señor Dearn.

—Gracias, señora. —El joven destapó el micrófono —. Nephtalí, Felicia — repitió.

—Está bien, Rob; haré lo que pueda. Le llamaré apenas tenga algún dato.

—Si resulta demasiado largo, escriba, por favor.

—Perfectamente. Adiós, Rob.

—Adiós, Felicia.

Dearn colgó el teléfono. Hannah Brook estaba delante de él, inmóvil, contemplándole con expresión inquisitiva.

—¿Sirvo la sopa, señor?—preguntó Hannah.

—Cuando usted quiera —accedió el joven.

* * *

La brasa del cigarrillo era un puntito rojo en la oscuridad de la noche. Janice la vio y se detuvo un instante.

—No tema —dijo Dearn, poniéndose en pie—. Soy yo, señorita Crowline.

Dearn había estado sentado en un ribazo, esperando, anticipándose al paso de Janice. Le había bastado situarse allí con quince minutos de antelación para conseguir su objetivo.

—Me sorprendió encontrar a alguien aquí —dijo ella.

—Hace una noche espléndida —contestó Dearn—. Agrada pasear a estas horas. ¿Le importa que la acompañe?

—Por supuesto —sonrió Janice—. Yo salgo a pasear casi todas las noches.

—Es un ejercicio muy higiénico —comentó él en tono intrascendente—. ¿Hacia dónde va usted?

—Hacia un punto que acaso le haga dudar de mi cordura, señor Dearn.

—¿Se refiere al huerto de Manston?

—Sí, justamente.

—Está a más de cinco kilómetros. Si contamos la ida y la vuelta, diez kilómetros son demasiados para un paseo higiénico después de la cena.

—Hace cuatro o cinco horas que cené —advirtió ella.

—Entonces padece de insomnio.

—Un poco, pero no de manera habitual. ¿Le disgusta el trayecto de mi paseo?

— ¡Por favor! Además, me parece muy bien que vaya al huerto de Manston. ¿Qué hará con él si consigue arreglar el asunto de su herencia?

Janice le dirigió una larga mirada.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó.

—Me disgustaría que se enojase conmigo, pero debo expresarle la verdad —manifestó Dearn—. Soy escritor y mi editora me encargó escribiese un libro sobre el proceso y muerte del último brujo del país.

—Sí, continúe.

—He estado indagando en los archivos municipales. También hablo con las gentes del pueblo. Una de las personas con las que he hablado es notario Barris.

—Y él le ha dicho mis pretensiones al huerto de Manston.

—Sí, señorita.

Janice calló unos momentos.

—¿Lo encuentra extraño?—preguntó al cabo.

—Dejando a un lado la siniestra leyenda que pesa sobre el huerto, es un lugar encantador —contestó Dearn—. Usted también está interesada en esa leyenda.

Ella sonrió ligeramente.

—Está usted muy bien informado de mis actividades — dijo.

—No pretendo erigirme en censor de cada uno de sus movimientos, pero el primer día en que empecé a hurgar en los archivos municipales, hallé que el legajo relativo al proceso de Manston estaba limpio, sin una sola mota de polvo. Además, y sobre todo, la primera hoja, desprendía un suave perfume... exactamente igual que el que usted usa.

—Estoy dejando detrás de mí los mismos rastros que un elefante en una cacharrería —suspiró Janice—. Y yo que quería que todo se desarrollara en secreto.

—A mí me parece que no hay muchas personas que conozcan sus propósitos en el pueblo —contestó Dearn —. Y, por otra parte, si usted alega tener derechos sobre esos terrenos...

—El asunto está un poco enrevesado, esta es la verdad —declaró Janice —. No obstante, confío en que se resuelva a mi favor.

—¿Qué hará, en tal caso?

—Muy probablemente, montaría una granja.

—¿A pesar de la fama de que disfruta ese lugar?

—Sería cosa entonces de destruir la leyenda, ¿no cree?

—Lo veo muy difícil, señorita Crowline.

—¿Por qué? — quiso saber ella.

—La maldición de Manston se está cumpliendo. Dos de los descendientes de los hombres que lo llevaron a la hoguera, han... desaparecido, por no decir que han muerto. Esto reactivará la leyenda, créame.

—O contribuirá a su destrucción total —aseguró ella.

—Por su bien, así se lo deseo — manifestó Dearn muy seriamente.

* * *

La pareja se detuvo en el borde del valle. Los manzanos se divisaban perfectamente bajo la luz de la luna.

Dearn creyó divisar en el suelo, en aquellas zonas donde los árboles y matojos producían sombra, una ligera fosforescencia, que desaparecía en los lugares alumbrados por la luna. Se vería mejor, supuso, cuando el satélite alcanzase su fase de novilunio.

—Yo me pregunto —dijo Dearn, tras unos momentos de silencio —, cómo es posible que unos árboles den fruto después de dos siglos y medio. Un manzano no vive tanto tiempo... y nadie ha venido por aquí desde que murió Manston.

—Un problema insoluble, en apariencia — contestó la joven—. ¿Seguimos?

Janice echó a andar sin esperar la respuesta de su acompañante. Dearn se rezagó unos segundos.

Quería contemplar la silueta de la joven a la luz de la una. Era un espectáculo agradable a los ojos. De pronto, se dio cuenta de que Janice llevaba un bolso de buen tamaño pendiente del hombro.

—¿No viene? —preguntó ella, volviéndose a medias hacia él.

—Ahora mismo, señorita Crowline.

Dearn se unió a la joven. Los dos caminaron juntos hasta hallarse entre los manzanos.

—Son unos frutos espléndidos — alabó Janice, a la vez que alargaba la mano hacia una manzana—. ¿No quiere probarlos?

—Me causaría ardor de estómago —se excusó Dearn con una mentira—. Sinceramente, no acostumbro a comer nada después de la cena.

—Tienen un sabor exquisito. Tal vez deje una docena de manzanos cuando instale la granja... si gano el pleito, por supuesto.

—¿Y talará los demás?

—Me gustan más las gallinas —sonrió Janice, a la vez que mordía resueltamente la manzana.

¿Cómo era posible, se dijo Dearn, que él hubiese visto deshacerse en ceniza hedionda uno de aquellos magníficos frutos?

A menos que hubiese dado la casualidad de coger una manzana podrida por alguna enfermedad de vegetal desconocida...

Volvería al día siguiente, se prometió, y partiría unas cuantas manzanas, todas ellas procedentes de distintos árboles.

Janice terminó la manzana y se limpió los labios.

—Ahora voy a hacer una cosa un poco rara — dijo—. No se extrañe usted, señor Dearn.

—Desde luego —contestó el joven.

Janice se arrodilló en el suelo. Abrió el bolso y sacó un instrumento parecido a una espátula ancha, con el que escarbó en la tierra. Luego echó parte de aquella tierra en una bolsita de plástico, cuya boca anudó cuidadosamente.

—Enviaré la muestra a un analista geólogo —dijo sonriendo.

—Una sana precaución, aunque no comprenda bien su significado — manifestó el joven.

—El suelo está sorprendentemente caliente —dijo Janice —. ¿No lo ha notado usted? Ponga la mano, se lo ruego.

Dearn ya lo sabía, pero le convenía fingir ignorancia.

— ¡Es cierto! — exclamó, después de hacer la prueba.

Se incorporó, limpiándose las manos con un pañuelo, mientras miraba a la joven.

—Este calor procede del interior de la tierra —dijo Janice—. Es el motivo de que envíe una muestra para su análisis.

—¿Se lo hará el doctor Harbolt?

—No; un amigo mío, quien reside en Boston — contestó ella.

* * *

El doctor Harbolt miró a su visitante, mientras se secaba las manos con una toalla.

—Así que usted es escritor, señor Dearn — dijo.

—Sí, doctor. — El joven repitió los motivos de su estancia en

Welldon —. Opino que el proceso contra Manston es un asunto fascinante, aunque, a decir verdad, yo no había oído nada al respecto hasta que me lo citaron en la editorial.

—La envidia, el oscurantismo, el fanatismo y la ignorancia, aliados contra un pobre hombre cuyos únicos delitos eran tener un genio endiablado y un huerto magnífico — observó el galeno.

—Eso parece, pero a lo que he podido apreciar, no hubo nadie que se quedase con su propiedad. Si el principal motivo hubiera sido el de apoderarse de unos terrenos de una fertilidad incuestionable, ¿no cree que alguno de los acusadores se habría quedado con el huerto de Manston?

—Aquellas gentes eran muy ignorantes y supersticiosos. Manston los maldijo desde lo alto de la pira y se amedrentaron. Además, tenga en cuenta la acusación de las manzanas convertidas en ceniza...

—Debido, tal vez, a una enfermedad criptogámica desconocida en aquella época.

—Muy probablemente — admitió el doctor Harbolt —. Pero ellos lo tomaron como debido a un pacto con el diablo... y lo quemaron vivo.

—Y luego él lanzó su maldición. Doctor, ¿no cree usted que está cumpliéndose esa maldición?

Harbolt se sentó detrás de su mesa de despacho. Se quitó los lentes y empezó a limpiarlos lentamente con un pañuelo de celulosa.

—Señor Dearn, voy a decirle una cosa. Las muertes de McDunnas y Snooke no se deben a la maldición. Es una casualidad, ciertamente, que hayan muerto dos de los descendientes de sendos protagonistas del proceso...

—Entonces, ¿está seguro de que han muerto? — preguntó Dearn.

Harbolt hizo una mueca.

—Han desaparecido, de eso sí estoy seguro —contestó—. Y también estoy positivamente seguro de que las cenizas halladas en la cama de Snooke no corresponden a las de un ser humano. Incluso aseguraría que esas cenizas no son de origen terrestre — concluyó el galeno con rotundo acento.

## CAPÍTULO VIII

Dearn se revolvió inquieto en la cama.

Estaba nervioso. El sueño se negaba a acudir a sus párpados.

Había dormido un buen rato al principio, pero se despertó bruscamente pasada la media noche y ya hacía más de dos horas que trataba en vano de conciliar el sueño.

No estaba seguro de lo que le había despertado. Le parecía haber escuchado el ruido de una puerta al abrirse, pero no era cosa que pudiera afirmar de un modo rotundo.

Encendió su enésimo cigarrillo. Al terminarlo, creyó que ya se iba a dormir.

Cerró los ojos. Estaba casi dormido, cuando escuchó un ligero ruidito.

Alguien entraba en la casa. Abajo, en la planta, oyó pasos. Un zapato cayó al suelo.

Una sonrisa apareció en sus labios.

«Vaya con la señora Brook — se dijo —. A sus años...»

Hannah Brook había cumplido los cuarenta hacía algunos años. Metida en carnes, rolliza, aún estaba de buen ver... según para qué ojos. Teniendo en cuenta su viudedad, no era de extrañar algún secreto devaneo.

Y su viudedad, igualmente, le había conferido la experiencia suficiente para no atarse definitivamente a otro hombre. Bueno, cosas así habían sucedido desdé que el mundo era mundo.

Los muelles de una cama crujieron en la planta baja. La señora Brook acababa de acostarse. Y Dearn ya no pudo seguir pensando, porque se durmió como un bendito.

Por la mañana, después del desayuno, se dirigió al Ayuntamiento. Observó algunas caras nuevas. Indudablemente, las misteriosas desapariciones habían atraído a periodistas de distintas publicaciones.

Peter Hamilton le recibió con la misma escasa amabilidad de costumbre.

—Hoy tendrá compañía —dijo.

—Periodistas, ¿no?

Hamilton sonrió sibilinamente.

—Entre y lo verá — contestó.

Dearn abrió la puerta del archivo. Sentada ante una mesa, con la atención puesta en un legajo, Janice Crowline estudiaba los documentos de un antiguo legajo.

—Buenos días — saludó Dearn cortésmente.

Janice levantó los ojos y le dirigió una amable sonrisa.

—Buenos días, señor Dearn — contestó.

—Si la molesto volveré en otro momento...

—Por favor, hay sitio para los dos —dijo ella—. Además, nuestros trabajos son distintos.

—Yo estoy estudiando las actas del proceso de Manston.

—Y yo trato de hallar los documentos referentes a la transmisión de propiedad del huerto de Manston.

Dos trabajos distintos, aunque relacionados entre sí.

— Sí, relacionados por un mismo nombre — sonrió Dearn. Y se dirigió al estante donde se hallaba el legajo del proceso.

Buscó una silla y se sentó frente a Janice. Desató el legajo, sacó papel y lápiz y empezó a revisar una vez más los documentos.

Esta vez le tocó el turno a un tal Andrew Pelham. Había atestiguado contra Manston.

Pelham declaraba haber visto luces extrañas en el huerto de Manston. Sí, de color verdoso... flotaban y corrían de un lado para otro. No, no hacían ruido..., pero parecían almas en pena.

El defensor, Picknor, le había preguntado por el número de aquellas luces, Pelham contestó que varios centenares.

Irónicamente, Picknor dijo que en tal caso, el huerto de Manston era más bien una sección del purgatorio. Cientos de almas en pena corriendo de un lado para otro, en el huerto, tenían que atropellarse las unas a las otras indefectiblemente.

El fiscal había protestado de la irrespetuosidad del defensor. El juez Willers había llamado la atención a Picknor, quien había aceptado humildemente la reprimenda.

Picknor, continuando su defensa, había logrado confundir parcialmente al testigo. Pelham acabó declarando que, en efecto, había visto las luces, pero eran pocas, seis o siete, de poca intensidad y que no se movían.

Pelham, aseguró, además, que cualquiera podría verlo, solamente con asomarse por la noche al huerto del acusado. Su propuesta fue rechazada unánimemente.

—Confiamos en la palabra del testigo, hombre honorable y recto — había dicho el juez, pasando por alto las exageraciones anteriores de Pelham.

Los esfuerzos de Picknor por rebatir aquel testimonio habían resultado inútiles. Las declaraciones de Pelham fueron tomadas en consideración contra el acusado.

Dearn encendió un cigarrillo.

A su juicio, aquel resplandor fosforescente tenía una explicación: el estiércol que Manston utilizaba como abono. La fermentación desprendía gas metano, ni más ni menos; el vulgar gas de los pantanos que produce llamitas verdeazuladas, llamadas comúnmente «fuegos fatuos». La relativa escasez de gas había provocado la inmovilidad de los resplandores, así de sencillo, calculó.

Pero, ¿y él? ¿No había visto también un resplandor fosforescente en el suelo del huerto?

Aquellos resplandores se debían, sin duda, al extraño calor que se desprendía de la tierra. Ningún testimonio lo mencionaba en el proceso... por lo menos, en lo que él había leído hasta entonces.

Súbitamente, se oyó un gran griterío en la calle.

Una mujer chillaba frenéticamente. El alboroto era descomunal.

Dearn y Janice se miraron un segundo. En seguida, el joven se levantó y corrió hacia la ventana, abierta a causa del calor.

Janice se le unió en el acto. La mujer había dejado de chillar.

Varios vecinos la llevaban en brazos, desmayada, corriendo como locos.

—Su marido... convertido en ceniza... —sonaron varias voces atropelladamente.

—Es la señora Pelham — dijo alguien, relativamente cerca de la ventana.

Dearn sintió un escalofrío que le corrió a lo largo de toda la espalda. Otro descendiente de los implicados en el proceso de Manston, se dijo inmediatamente.

Volvió los ojos hacia Janice. Ella estaba muy pálida y daba la sensación de hallarse sumamente conturbada.

—El muerto es un Pelham — dijo él—. Y hubo un tal Andrew Pelham que testificó en contra de Abner Manston.

—Lo sé —contestó Janice—. He leído todas las actas del proceso.

* * *

El sol doraba la atmósfera de la tarde. Visto desde lo alto de las colinas, el valle presentaba un aspecto encantador, desprovisto de su aura siniestra.

Una suave neblina velaba ligeramente los contornos de las cosas. Zumbaban los mosquitos y se veían revolotear algunas mariposas. Una cigarra, agazapada bajo unas matas, emitía su chirriante y monótono canto.

Lentamente, Dearn emprendió el descenso. Las ruinas de la chimenea, única estructura subsistente de la antigua casa de Manston, apuntaban hacia el cielo como un dedo acusador de piedra. En el sitio donde había estado la casa, abundaban las plantas silvestres.

En el fondo del valle hacía más calor. Dearn se acuclilló y apoyó la mano en el suelo. Estaba caliente, aunque después de todo un día de exposición a los rayos solares resultaba lógico.

Por la noche se notaba más el detalle. A Dearn le habría gustado conocer el origen de aquel extraño fenómeno. No obstante, creía que pronto lo sabría, cuando Janice recibiera el resultado del análisis de la muestra de tierra enviada a su amigo, el geólogo de Boston.

Permaneció durante algunos minutos al pie de un manzano cargado de fruto. Tenía presentes las palabras del doctor Harbolt.

Las cenizas halladas en la cama de Miles Snooke no pertenecían a un ser humano. El doctor juraba incluso que no eran de un ser terrestre.

¿Fantasía? ¿Realidad?

De repente, alargó la mano y cogió una manzana. En el pueblo se había comprado una navajita para sustituir a la perdida. Hincó la hoja en el fruto y lo partió por la mitad.

Ceniza. Ceniza gris y hedionda. Esta vez, Dearn no se sorprendió demasiado.

Partió dos manzanas más. Ambas contenían ceniza bajo la piel que les confería una apariencia de exquisitez sin igual.

Pasó a otro manzano y arrancó varios frutos más. Todas las pruebas dieron análogo resultado. ¿Cuál era el misterio de aquel horrible huerto?

Él era un profano, pero había alguien que podía ayudarle a resolver el enigma. Arrancó dos manzanas más, pero éstas no las partió.

Lo haría en presencia del doctor Harbolt. Resultaría conveniente comparar las muestras de aquella ceniza con la hallada en la cama de Snooke… y, seguramente, también, en la de Pelham.

De repente, adquirió la sensación de que no estaba solo.

No se oía el menor sonido, salvo el canto de algunos grillos y chicharras. Lleno de aprensión, Dearn volvió la cabeza hacia todas

partes.

Unas matas se agitaron a cierta distancia. Dearn corrió en aquella dirección.

Un conejo salió de las matas, asustado, y huyó a la carrera. Dearn respiró aliviado.

—Sólo un conejo —murmuró, mientras se ponía un cigarrillo en los labios.

Pero casi inmediatamente, divisó algo que le hizo detenerse en seco.

La huella de un zapato de mujer. Un zapato femenino, no cabía la menor duda, a juzgar por su tamaño relativamente pequeño y la forma del tacón.

La huella estaba impresa en un sitio llano, de tierra muy fina. Dearn se arrodilló y la examinó con suma atención. No era un zapato de ciudad, sino más bien destinado a cómodos paseos por el campo, de tacón medio y ancho de base. Pero no se podía dudar que la huella pertenecía a una mujer.

Dearn levantó la vista hacia las colinas próximas. ¿Quién había estado espiándole?

¿Janice?

De pronto, se lanzó a la carrera hacia las colinas. Diez minutos más tarde, alcanzaba la vaguada alta por donde solía llegar al huerto.

Tendió la vista hacia el paisaje del otro lado. Podía alcanzar a gran distancia.

La llanura estaba desierta.

De no haber sido por la huella del zapato femenino, Dearn habría llegado a creer que todo lo sucedido era una ilusión de sus sentidos.

Pero las dos manzanas que tenía en las manos se encargaron de recordarle que no había tal ilusión, sino realidad, una realidad amarga, siniestra... y llena de un misterio indescifrable.

## CAPÍTULO IX

La ciudad estaba desierta.

Al menos, en la parte vieja. No se veía un alma por la calle.

Puertas y ventanas estaban sólidamente atrancadas. Los pasos de Rob Dearn sonaron con lúgubres ecos en el absoluto silencio de la noche.

Dearn se acercó a una puerta, en cuyo centro había un rótulo con el nombre y la profesión del ocupante de la casa. Apretó el botón de llamada y esperó unos momentos.

Alguien le observó a través de una mirilla. A los pocos segundos, el propio doctor Harbolt abrió la puerta.

—¿Señor Dearn? —saludó cortésmente—. ¿Le ocurre algo?

—Querría hablar con usted unos momentos — manifestó el joven—. Es decir, si no tiene inconveniente.

Harbolt vaciló.

—Estaba atendiendo a una visita... Bien, pase, señor Dearn.

—Seré breve, se lo aseguro, doctor.

Dearn entró en la casa. El médico cerró la puerta y le guió a través del vestíbulo.

—Hablaremos mejor en mi despacho — sugirió.

—Sí, doctor.

Del vestíbulo pasaron a la sala. Había allí dos mujeres, una de ellas de cierta edad. Dearn supuso que debía de ser la señora Harbolt.

La otra era Janice Crowline.

Janice le miró con sorpresa. Dearn le dirigió una inclinación de cabeza.

Harbolt se dirigió a las mujeres:

—Perdónenme ustedes, pero este joven requiere mi atención por unos minutos. Volveré en seguida. Sígame, señor Dearn, por favor.

—Sí, doctor.

Dearn volvió a saludar a las mujeres y caminó tras el médico. Harbolt entró en su despacho y esperó a que el joven lo hubiera hecho para cerrar la puerta.

—¿Y bien, señor Dearn? — dijo instantes más tarde.

El escritor llevaba en la mano una bolsa de papel fuerte. Metió

la mano y sacó de su interior una manzana reluciente.

—¿Qué le parece, doctor? — preguntó.

Harbolt observó la manzana en silencio. Luego miró al joven de hito en hito.

—No me gustan las bromas, señor Dearn, y ésta que acaba de gastarme es de un gusto particularmente infame —dijo con acritud —. ¿He dejado de atender a mi visitante sólo para contemplar una manzana?

—Por favor, no se irrite usted, doctor —rogó el joven—. Tenga paciencia un momento. ¿Recuerda las cenizas de Snooke?

—Por supuesto. Y las de Pelham tienen idénticas características.

—Muy bien, doctor. Habrá de permitirme que le diga que esta manzana procede del huerto de Manston.

Harbolt enarcó las cejas.

—¿El huerto de Manston? Pero, ¿hay manzanos allí? — exclamó, sorprendido.

—A cientos, doctor. Por lo menos, dos centenares, frondosos, cargados de fruto, con la apariencia de haber sido cuidados con todo esmero. ¿Es que usted no ha estado nunca allí?

—Nunca — dijo Harbolt, meneando la cabeza enérgicamente.

—Sin embargo, usted es un hombre de ciencia, una persona para cual las supersticiones no tienen razón de ser.

—Señor Dearn, yo no creo en supersticiones, pero en este mundo hay cosas cuyo origen no se puede explicar satisfactoriamente por medios naturales. ¿Comprende lo que quiero decirle?

—¿Va decirme que cree en la maldición de Manston? Hasta ahora, los tres muertos... o desaparecidos, o como quiera calificarlos, son descendientes de personas que intervinieron en el proceso contra Manston.

—Tal vez una mera casualidad...

—Es posible, pero tres hombres con apellidos idénticos a los que figuran en las actas del proceso son demasiada casualidad, ¿no cree?

—Desde luego. Sin embargo, ¿qué tiene que ver eso con el huerto de Manston?

—Usted dice que no ha estado nunca allí, doctor.

—Desde luego. Pero le haré una advertencia previa. Yo no soy de Welldon y llevo aquí sólo unos cuantos años, seis, aproximadamente. Si esto puede servirle de algo...

—Quizá, doctor — sonrió Dearn —. Ahora, ¿me permite que le haga una prueba?

Harbolt se armó de paciencia.

—Como guste, señor Dearn — dijo.

Dentro de la bolsa había dos manzanas. Dearn sacó la segunda y la puso en un lado de la mesa. Luego entregó la bolsa de papel al doctor.

—Manténgala abierta con ambas manos, por favor — pidió.

Halbolt, intrigado, hizo lo que le pedían. Dearn sacó su navaja, la abrió y luego, tomando la manzana con la mano izquierda y tras situarla justamente sobre la boca de la bolsa, la partió en dos mitades con un rápido tajo.

Un espantoso hedor se expandió rápidamente por el despacho. Harbolt sintió que le flaqueaban las piernas.

—¡Dios santo! ¿Qué es eso? — exclamó.

Dearn cerró la bolsa de papel, en cuyo interior había quedado la ceniza procedente de la manzana.

—Para los sencillos espíritus de las personas que vivían en Welldon hace doscientos sesenta y cinco años, ésta debió de ser una prueba suficiente que les llevó a acusar de brujería a Abner Manston. Doctor, nosotros vivimos en el siglo XX y no podemos aceptar el origen sobrenatural de este extraño fenómeno —declaró el joven con solemne acento—. Cuando tenga tiempo, compare las cenizas de la manzana con las halladas en las camas de los desaparecidos. Estoy por apostar que tienen la misma procedencia.

Harbolt miró a su visitante con expresión desmayada.

—¿Estas manzanas… proceden del huerto de Manston? — preguntó.

—Sí, doctor. Una cosa voy a rogarle; no divulgue la noticia.

—El miedo se está adueñando de la población — murmuró Harbolt, aún no repuesto de la impresión recibida—. Si esto se supiera…

—Creo que conviene que lo callemos por el momento — dijo Dearn sensatamente.

Harbolt cogió la otra manzana.

—Es increíble — murmuró —. Un aspecto tan apetitoso… ¡y son manzanas del Mar Muerto!

—Al menos, muy parecidas—sonrió Dearn—. ¿Le importará que venga a preguntarle por el resultado del análisis?

—Muchacho —dijo Harbolt—, yo soy sólo un pobre médico de pueblo. Los primeros análisis me revelaron que las cenizas halladas en casa de Snooke no pertenecían por completo a un ser humano. Pero eso es todo lo que he podido saber, y por dicha razón, he enviado unas muestras a un laboratorio de Boston.

—Una buena idea, doctor. Pero usted sabrá dictaminar sin duda

si las cenizas de esta manzana son análogas a las de Snooke.

—Desde luego.

—En ese caso, no quiero molestarle más — sonrió Dearn—. Gracias por su atención y... dispense la molestia.

—Le acompañaré hasta la puerta —se ofreció el médico, que aún no se había recobrado del todo.

* * *

Janice se hallaba en pie, en la sala, despidiéndose de la señora Harbolt. El médico presentó al visitante a su esposa y al mismo tiempo se enteró de que Dearn y Janice ya se conocían.

Harbolt no mencionó lo ocurrido en su despacho. Tras algunos momentos de charla sin trascendencia, Janice se dispuso a salir.

—La acompañaré, si no tiene inconveniente — se ofreció Dearn.

—Por supuesto — accedió ella.

Durante algunos minutos, caminaron en silencio. Dearn se dio cuenta de que la joven parecía abstraída en sus pensamientos y no quiso interrumpir sus reflexiones. Janice caminó en dirección a la parte nueva de la ciudad, corroborando así las primeras suposiciones de Dearn. Ella se hospedaba en un hotel moderno.

—Está preocupada — dijo al cabo.

Ella se volvió y le dirigió una ligera sonrisa.

—Se trata del asunto de los terrenos de Manston — contestó.

—¿No se resuelve satisfactoriamente?

—Encuentro bastantes dificultades, eso es todo. Quizá me hice demasiadas ilusiones, señor Dearn.

—¿Le habría gustado vivir aquí?

—Me gusta vivir al aire libre, pero, sobre todo, la independencia que habría tenido, de conseguir mis deseos.

—Usted reside en Boston — dijo él.

—Sí. Tengo un buen empleo, esta es la verdad... pero me agradaría más poder ser la dueña de una granja.

—Confío en que se realicen sus deseos —sonrió Dearn—. ¿Va a ir esta noche al huerto de Manston?

—¿Le interesa saberlo?

—Mera curiosidad. Dispénseme si la he molestado.

—No tiene importancia, señor Dearn. Depende del sueño que tenga.

—A mí me gustaría que aplazase su paseo hasta mañana —dijo él.

—¿Por qué? —preguntó Janice.

—Iríamos juntos. Entonces le enseñaría algo interesante.

—¿Relativo al huerto?

—Sí.

—De qué se trata, por favor.

—Esperemos a mañana. Las cosas se creen mejor cuando es uno el que las contempla.

—Me está intrigando terriblemente — sonrió ella.

—Tenga un poco de paciencia. ¿A qué hora le parece que puedo venir a buscarla?

Janice vaciló un momento.

—¿Las nueve de la mañana? — sugirió.

—Perfectamente — aceptó Dearn —. A propósito, ¿ha recibido contestación de su amigo el geólogo?

—Todavía no. ¿Le interesa el resultado del análisis?

—Le digo lo que antes: curiosidad.

—¿Sólo curiosidad? —dijo Janice intencionadamente.

—Cuando una persona quiere saber algo, lo hace por curiosidad.

—Aunque detrás de la curiosidad existan otros motivos.

—Sí — admitió Dearn.

—¿Puedo saber cuáles son?

El joven vaciló unos instantes.

—Se lo diré — habló al cabo —. Usted tiene interés en el huerto de Manston. En este caso, debe saberlo. Tengo la impresión de que hay algo en el huerto que está relacionado con la muerte de tres personas, descendientes de protagonistas del proceso contra Abner Manston. Mañana, de todas formas, podré demostrárselo sobre el terreno, sin lugar a dudas — concluyó.

* * *

—¿Va a salir? —preguntó la señora Brook a la mañana siguiente.

Dearn hizo un gesto afirmativo.

—Llevamos una temporada magnífica —contestó —. Es preciso aprovechar el buen tiempo, antes de que se estropee y se nos echen las lluvias encima.

—¿Irá al huerto de Manston?

—Es un lugar tan bueno como otro cualquiera para pasear, ¿no le parece?

—Es un lugar maldito — dijo la mujer—. Debieran ararlo, arrancar de raíz todos los árboles y plantas y luego sembrarlo de sal.

—Un tratamiento bíblico —sonrió el joven—. Pero bien cuidado, es un terreno que puede resultar muy productivo.

—Yo no lo aceptaría ni por todo el oro del mundo — dijo Hannah desdeñosamente—. En fin, si usted quiere ir allí, es cosa suya.

—Soy escritor, no lo olvide, señora Brook.

—Lo sé. Ahora, con esas tres muertes, tendrá usted materia sobrada para escribir. El pueblo está infestado de periodistas — agregó —. Hablan y curiosean descaradamente y meten las narices por todas partes...

—Es natural; unos sucesos tan misteriosos, han tenido que llamar la atención a la fuerza.

—Aquí vivíamos muy tranquilos sin periodistas — dijo Hannah hostilmente.

—Ellos cumplen con su deber —dijo Dearn—. Señora Brook, el último desaparecido es Archibald Pelham, descendiente de un Pelham que testificó en contra de Manston. ¿Qué me dice usted al respecto?

—Es bien simple: la maldición se está cumpliendo puntualmente.

—¿Y morirán todos los descendientes de los protagonistas del suceso?

—Sí.

La afirmación resultaba rotundamente estremecerá. Dearn miró a la mujer y apreció en su rostro una rara expresión. ¿Miedo?, se preguntó.

—Alguno de sus antepasados... ¿intervino en el proceso contra Manston? —preguntó.

Hannah apretó los labios.

— Sí, también un antepasado mío intervino en aquel proceso — contestó. Y tras una corta pausa, agregó —: Dispénseme, señor Dearn, tengo trabajo.

## CAPÍTULO X

Janice estaba encantadora. Se había dejado el pelo suelto y caía en largas ondas sobre sus hombros. La joven vestía un vaporoso vestido estampado, sin mangas, que proporcionaba a su silueta un singular encanto.

Dearn se sentía íntimamente atraído hacia la joven. Janice, sin embargo, parecía un tanto reservada y poco amiga de galanteos. Dearn se dijo que debía intimar un poco más con ella, a fin de conocer bien su carácter. Tal vez, entonces...

Ya estaban en el huerto. Caminando sin prisas, Dearn se detuvo junto a uno de los manzanos.

—¿Recuerda usted, señorita Crowline? Hace noches estuvo aquí y comió una manzana.

Janice sonrió.

—Estaba muy apetitosa —contestó—. Usted no quiso aceptar una; sin duda temía ser hechizado.

Dearn movió la cabeza. Estaba muy serio.

—Temía algo peor —declaró—. Aguarde un momento.

Arrancó una manzana. Sacó una navaja y la partió.

Janice lanzó un grito de espanto, a la vez que retrocedía, horrorizada por lo que acababa de ver.

—¡Rob! —exclamó—. ¿Qué es eso?

—Manzanas de esta clase son las que llevaron a Manston a la hoguera —respondió él, muy serio.

—Pero yo... yo comí una y estaba completamente sana.

Dearn le entregó la navaja.

—Pruebe usted misma; cualquier manzana de cualquier árbol —invitó.

Ella rehusó.

—No, no tengo ganas de ver una cosa tan espantosa por segunda vez. Ahora confío en usted, Rob.

—Gracias, Janice. —Dearn sonrió—. Observo que hemos suprimido los tratamientos. Eso me agrada.

—Nos conocemos ya un poco y... Rob, ¿qué sucede aquí? —preguntó.

—El doctor Harbolt dice que las cenizas halladas en casa de

Snooke no pertenecen a un ser humano — contestó él—. Es más, asegura que ni siquiera son de un ser terrestre, por lo que ha enviado una muestra a un laboratorio de Boston. Yo le llevé dos de estas manzanas; con una de ellas hice una prueba anoche, en su despacho. Él se quedó con otra... y ahora sólo falta comparar ambas muestras de ceniza.

—¿Cree usted que las dos cenizas tienen un mismo origen?

—Por lo menos, serán de análoga constitución — afirmó Dearn.

Janice se pasó una mano por la frente.

—Es increíble. ¿Cómo pueden sufrir unos frutos tan rápida transformación? — murmuró.

—Todo esto está íntimamente relacionado con el proceso de Manston... y su maldición. Es algo quizá aparentemente sobrenatural, pero que por ahora no tiene una explicación racional posible. No puedo decirle más al respecto, Janice.

Ella parecía muy conturbada.

—Parece mentira que en esta época puedan ocurrir cosas semejantes —murmuró—. Y lo cierto es qué tres descendientes de los protagonistas del proceso, han muerto.

—Convertidos en hediondas cenizas, ahora ya no cabe la menor duda.

—Sí, pero, ¿quién lo ha hecho? ¿El espíritu de Manston?

—O el espíritu del descendiente que él anunció desde la hoguera se vengaría un día en su nombre.

—Rob, no sea supersticioso —le reprochó ella.

—No lo soy. Me atengo a los hechos.

—¿Se le ha ocurrido comprobar si detrás de esas muertes hay algún motivo... económico?

—Los tres desaparecidos eran gentes de escasa fortuna. No eran pobres en el estricto sentido de la palabra, pero tampoco poseían bienes que pudieran llamar la atención de una persona decidida a matar por codicia... y escudarse luego en la maldición de Manston.

—¿Y el descendiente que debía ejecutar la venganza? ¿Lo ha encontrado usted?

—Una conocida mía está haciendo indagaciones en Boston. Se sabe que Nephtalí Manston, el hijo del ejecutado, marchó a esa ciudad bastante antes de la muerte de su padre, harto de su mal genio y de los malos tratos que recibía. Pero éste es, por ahora, todo el rastro que tenemos de él.

—Hace dos siglos y medio — musitó Janice—. No será fácil dar con el rastro del hijo de Manston... suponiendo que hubiese dejado alguno.

—Quizá el apellido se perdió con el paso del tiempo, aunque subsistan sus posibles descendientes. Bastó para ello que Nephtalí Manston, si llegó a casarse, tuviera sólo hijas en su descendencia. Sus nietos ya no llevarían su mismo apellido, ¿comprende?

Janice hizo un signo de asentimiento.

—Pueden tener descendientes en línea directa, aunque por la rama femenina — dijo.

—Exactamente. Pero, ¿cuál fue el apellido del esposo de una de las hijas de Nephtalí Manston? Pudo ser hija única o bien sólo una de las posibles tuvo descendencia. En todo caso, desconocemos el apellido del hipotético yerno de Nephtalí Manston.

—¿Y cree usted que ese descendiente actual está llevando a cabo la maldición de su antepasado?

Dearn calló unos momentos.

—Janice, no lo sé—contestó al cabo—. Todo lo que puedo decirle es que nos encontramos con un misterio, cuyo descubrimiento puede resultar —está resultando ya, de hecho—, muy superior a nuestras mismas fuerzas.

Ella asintió en silencio. Durante algunos instantes, los dos permanecieron callados.

Dearn empezaba a sospechar que Janice era el descendiente actual de Manston. De lo contrario, ¿por qué tanto interés por unos terrenos que se consideraban malditos?

Poco después, emprendieron el regreso.

—Rob —dijo ella de pronto—, ¿no se podría averiguar algo realizando algunas excavaciones en el huerto?

El joven vaciló un momento.

—Opino que esas excavaciones deberían de tener cierta profundidad — dijo.

—Con una buena pala...

—Pero mecánica, Rob.

Dearn sonrió.

—Ya la buscaremos y vendremos en otro momento

—manifestó—. Yo mismo me encargaré de su manejo.

—¿Cómo? —se sorprendió Janice.... ¿Es que sabe usted manejar una excavadora?

—Antes de llegar a escritor, he desempeñado varios oficios. Durante más de un año, estuve trabajando en las obras de construcción de una autopista.

—Eso es una sorpresa para mí — sonrió ella.

—Me sirvió para adquirir mucha experiencia y no sólo en el trabajo manual, créame.

Continuaron andando, mientras él relataba algunas de sus peripecias en los distintos trabajos que había desempeñado antes de dedicarse a la literatura. A pesar de todo, Dearn no podía quitarse de la imaginación el pensamiento de que aquella hermosa mujer que llevaba a su lado era la actual descendiente de Abner Manston.

Y, muy probablemente, aunque por procedimientos que desconocía, la autora de tres muertes horribles.

* * *

La señora Brook le avisó de que le llamaban por teléfono.

Dearn agradeció la atención, pero luego cerró la puerta. No quería que la mujer escuchara lo que tenía que hablar con Felicia Mylner.

—Rob, ¿qué pasa ahí? —preguntó la joven editora—. ¡Menudo ruido están armando los periódicos!

—Dentro de pocos días podré darte más noticias —contestó él —. Estoy esperando el resultado de unos análisis…

—¿De esas horribles cenizas que mencionan los diarios?

—Sí, justamente.

—Rob ¿no se tratará de una gigantesca broma?

—¿Qué me contestaría usted si yo le dijera que, por ahora este asunto es un misterio indescifrable y no sólo indescifrables, sino inexplicable a la luz de nuestros conocimientos actuales?

—Me deja parada, Rob. ¿No estará dejándose llevar por la fantasía?

—Lo que yo he visto puede ser fantástico, pero no se puede explicar, aunque se exprese con palabras, Felicia.

—Vamos, Rob, hable claro de una vez. Me tiene sobre ascuas…

Dearn estuvo hablando varios minutos, detallando cuanto sabía, aunque sin adornos innecesarios. Felicia se quedó impresionada cuando él hubo terminado su narración.

—Es increíble — murmuró la joven editora —. En estos tiempos…

—En mil novecientos ochenta y ocho, querida. Está ocurriendo ahora, hace varios días, anteayer… tal vez mañana.

—Una maldición que se prolonga a lo largo de los siglos…

—Y que se está cumpliendo puntualmente. Felicia, necesito de usted un favor.

—Sí, Rob:

—Voy a darle un nombre y todos los datos que he podido averiguar de ella. Necesito que lo investigue a la mayor urgencia

posible.

—¿Quién es, Rob?

Dearn le facilitó todos los datos que conocía de Janice Crowline.

—¿Sospecha de ella, Rob?

—A decir verdad, creo que es la última descendiente de Manston.

—¿Es bonita?

—Verdaderamente hermosa, Felicia.

En Boston, la joven editora sonrió.

—Rob, ¿no se habrá enamorado de esa linda muchacha? —preguntó.

—Es algo en lo que no he pensado todavía. En mis futuros sueños de matrimonio había entrado la imagen de otra mujer.

—¡Oh, Rob! —exclamó Felicia—. Usted ya me conoce un poco y sabe que mi trabajo me apasiona. Por ahora, no entra en mis cálculos convertirme en una mujer casada.

—Lo sé, pero, ¿quién sabe? Con el tiempo…

—No sea humorista —rió ella—. Está bien, me dedicaré intensamente a la investigación sobre Janice Crowline.

— Y yo la investigaré aquí, sobre el terreno — afirmó Dearn muy serio.

* * *

¿Iría Janice aquella noche al huerto de Manston?

Dearn se había dado cuenta de que hacía algunos días que Janice no daba sus acostumbrados paseos nocturnos. Quizá, se dijo, había elegido otra ruta para no ser sorprendida.

Por esta razón, se había apostado en las cercanías del hotel, en la barra de una cafetería cercana.

No lejos de él, varios periodistas discutían apasionadamente sobre el misterio que era tema de todas las conversaciones. Dearn, con un vaso en la mano, consumía el licor poco a poco, sin dejar de observar atentamente la puerta del hotel.

Los clientes fueron abandonando el local. Se acercaba la hora de cerrar.

De pronto, Dearn vio a Janice que salía del hotel. Tranquilamente, sin mostrar precipitación, abonó el importe de su consumición y salió de la cafetería.

Los tacones de los zapatos de Janice resonaban claramente sobre el asfalto de la acera. Dearn la siguió a distancia, sin dejarse ver.

Al cabo de unos minutos, Janice entró en la parte antigua de la

ciudad. Dobló una esquina y Dearn corrió para no perderla de vista.

Un farol alumbraba la entrada de la calle. Dearn leyó su nombre en una placa situada cerca de la esquina: «Fountain Street».

Janice llamó a la puerta de una casa. Esperó unos momentos; luego, alguien abrió desde el interior y la joven desapareció de la vista de Dearn.

El escritor se acercó a la casa. Su trazado denotaba claramente la antigüedad de su construcción. Se fijó en el número: era el 27.

Una actitud incomprensible la de la joven, se dijo. ¿Quién vivía en el veintisiete de Fountain Street?

Dearn sabía quién le daría la información. La señora Brook conocía bien a la mayor parte de los ciudadanos. Era un inagotable manantial de conocimientos sobre el tema.

Dearn se alejó en silencio. Aguardó en la esquina pacientemente.

Media hora después, Janice salió de la casa. Dearn se resguardó en el oscuro quicio de una puerta para no ser advertido.

La joven pasó por delante de él. Dearn se percató de que tenía los ojos enrojecidos.

Había estado llorando. «¿Por qué?», se preguntó.

Janice no advirtió su presencia y continuó andando. Dearn se sintió tentado de hablar con la joven, pero desistió.

Era un mal momento. Janice estaba muy turbada. Debía dejar que recobrase su tranquilidad de ánimo.

Entonces, estaba seguro de ello, Janice se hallaría en disposición de hacerle confidencias. Al día siguiente, seguramente.

Encendió un cigarrillo. Con paso mesurado, regresó a su alojamiento.

Desde la esquina próxima vio que Hannah Brook abandonaba la casa, con el rostro casi cubierto por un gran pañuelo oscuro. Dearn sonrió comprensivamente.

—Si supiera que conozco sus salidas nocturnas… — pensó.

Pero los devaneos de la señora Brook no le afectaban para nada. Tranquilamente, entró en la casa, subió a su cuarto y se acostó.

## CAPÍTULO XI

Con la taza de café en las manos, Dearn miró a la señora Brook y preguntó:

—¿Quién vive en el veintisiete de la calle Fountain?

Hannah le dirigió una larga y escrutadora mirada.

—Gene Leavitt —contestó—. ¿Le interesa algo de ese individuo?

El nombre le sonaba, se dijo Dearn. Lanzó una sonrisa de circunstancias.

—Curiosidad, mera curiosidad — respondió —. Gracias, señora Brook.

Miró a través de la ventana y agregó:

—Hace un tiempo magnífico, ¿verdad?

—Pronto se estropeará —dijo la mujer con sombrío acento.

—Claro, claro; después del verano, viene el otoño...

—Y no me refería precisamente a las estaciones del año, señor Dearn.

—¿Entonces...?

Hannah puso en una bandeja algunos cacharros del desayuno ya usados y se dispuso a retirarse.

—Para algunos, este verano es el preludio de un invierno definitivo — dijo tétricamente.

Y se marchó del comedor, sin añadir una sola palabra más.

Dearn sonrió. Hannah estaba de mal talante, eso era todo.

Tal vez su galanteador empezaba a cansarse de ella. En una mujer de su edad, este era un síntoma peligroso.

Significaba que ya no interesaba a los hombres... a determinada clase de hombres, que gustaban de las mujeres rollizas y exuberantes. Y una cosa estaba fuera de toda duda: ella le perseguía, porque, de lo contrario, ¿por qué salía de su casa, pudiendo recibirle en ella, como parecía lo lógico?

Se encogió de hombros y acabó el café. Los problemas amorosos de la señora Brook no le interesaban en absoluto.

Un cuarto de hora más tarde, entraba en el archivo.

Pete Hamilton le miró con sorna.

—También está ella aquí hoy — dijo.

—Es usted muy amable, Pete — contestó el joven.

—Todos hemos sido jóvenes — suspiró el archivero—. Aún hoy día, yo... Pero mis asuntos sentimentales no le interesan a usted, señor Dearn.

—¿Por qué no? —sonrió el escritor—. Acaso podría ayudarle... ¿Tiene dificultades con su esposa?

—Soy viudo, señor Dearn. Pero pase, pase, no haga esperar a la señorita de Crowline.

Dearn abrió la puerta del archivo. Al ruido, Janice levantó la cabeza.

Sus ojos estaban rodeados por unos círculos de color violeta. Era indudable que había pasado mala noche.

—¿Cómo está, Janice? —saludó él, fingiendo indiferencia.

—Bien, gracias, Rob — contestó ella, forzando una sonrisa.

—¿Todavía con el problema de sus terrenos?

—Sí. Aún dura. No sé cuándo lo resolveré...

—¿Tiene mucha prisa?

—Me gustaría, si fuese posible, empezar para la primavera próxima.

—Un plazo muy largo, ¿no le parece?

—Hay mucho trabajo en el huerto, antes de poder ponerlo en condiciones. El invierno está más cerca de lo que parece y los trabajos de transformación resultarían dificultados por el mal tiempo. La primavera sería época más adecuada.

—Entiendo. Le deseo mucha suerte, Janice. Yo, con su permiso, voy a trabajar en lo mío.

—Desde luego. Gracias, Rob.

Dearn sacó el legajo del proceso y lo colocó sobre la mesa. Uno de los primeros nombres que aparecieron ante sus ojos fue el de Salomón Leavitt, testigo de cargo en el proceso contra Abner Manston.

* * *

Salomón Leavitt declaró que Manston le había vendido diez libras de manzanas. A su mujer le gustaban mucho, aparte de que el médico se las había recomendado, dado su estado de buena esperanza.

Las manzanas se convertían en ceniza al primer bocado. La señora Leavitt se sintió tan impresionada, que se puso enferma y perdió el niño. Lo peor vino después, cuando el médico, tras salvarla de la muerte, anunció que no podría tener más hijos.

Por fortuna, los Leavitt tenían ya cinco hijos, dos varones y tres

hembras. Pero su declaración impresionó profundamente al jurado.

Como en los anteriores testimonios, los esfuerzos del defensor Picknor resultaron baldíos. Leyendo las actas, Dearn se convencía plenamente de que Manston estaba sentenciado de antemano.

Miró furtivamente a la joven. Janice estaba muy ocupada hojeando los documentos de su legajo.

La puerta se abrió repentinamente, sobresaltando a ambos jóvenes.

Era Hamilton, el archivero.

— ¡Una horrible noticia! — exclamó —. Gene Leavitt ha aparecido muerto... convertido en ceniza...

Dearn sintió un estremecimiento que sacudió su cuerpo de pies a cabeza.

¡Gene Leavitt, el descendiente del testigo que había acusado a Manston!

Otro eslabón más en la cadena de la venganza provocada por aquella maldición. Lentamente, volvió la cabeza y fijó la vista en Janice.

La cara de la joven estaba terriblemente pálida. Sus labios temblaban de modo perceptible.

Gracias, Pete —dijo Dearn, haciendo un esfuerzo—. Supongo que el jefe de policía habrá tomado ya cartas en el asunto.

—Sí, ahora se ha dirigido a la casa de los Leavitt. El doctor Harbolt iba con él...

Hamilton se retiró y les dejó solos. Fuera, en la calle, se oía un distante murmullo.

—Anoche estuvo usted en casa de Leavitt —dijo Dearn, hablando muy despacio.

—Me estuvo vigilando —contestó Janice en voz baja.

—Lo admito.

—¿Sospecha de mí?

—Salió llorando de la casa de los Leavitt. ¿Qué sucedió allí?

Janice apretó los labios.

—Eso es cosa mía —respondió secamente.

—Y de la justicia, acaso.

—¿Va a denunciarme?

—¿Ganaría yo algo con ello? Si fue usted, ¿qué pruebas habría de su crimen?

—Así, pues, piensa que fui yo — murmuró Janice, hablando con aire ausente.

Dearn encendió un cigarrillo. Estaba poniéndose nervioso.

—Janice, yo quisiera que usted... ¿Por qué no me lo explica

todo? — suplicó.

—Si no está dispuesto a creerme, ¿para qué explicarle nada?

—Usted es descendiente de Manston.

—¡No! —protestó ella con gran vehemencia.

—En tal caso, ¿por qué tiene tanto interés por aquel valle maldito?

—Ya se lo he dicho; dejando aparte su siniestra reputación, es un lugar muy agradable. Quiero establecerme allí...

—Uno de sus antepasados compró los terrenos a un descendiente de Manston. ¿No será más cierto que usted los reclama por ser descendiente directo de aquel pobre hombre quemado por brujo?

—No, y mil veces no —insistió ella. De pronto, se puso en pie, con el seno agitado por una violenta respiración—. Denúncieme si quiere, hágalo si piensa que he sido yo la autora de la muerte de Leavitt... Pero, ¿cómo iba a hacerlo? ¿Qué clase de armas emplearía para convertir a un hombre en ceniza?

—Las mismas que emplea para convertir unas sabrosas manzanas en ceniza hedionda y repulsiva.

Janice exhaló una estridente carcajada.

—A estas alturas, en esta época, ¿piensa de mí que soy una bruja?

Dearn se pasó la mano por la frente.

—Janice, yo ya no sé ni qué pensar de este endiablado asunto. —Cerró el legajo con violencia—. Pero lo cierto es que ocurren cosas que no tienen explicación posible. Usted podría ayudarme, si quisiera...

—Cuando esté dispuesto a creerme plenamente — contestó Janice—. Cuando vea que no guarda reservas hacia mí, entonces le explicaré... lo poco que se puede explicar de la descendiente de uno de los protagonistas de aquel infame proceso. ¡Adiós, Rob!

Y antes de que el escritor, perplejo, pudiera detenerla, Janice abandonó el archivo con paso rápido y decidido.

* * *

El doctor Herbolt caminaba por la calle sumido en sus preocupaciones, lo que no le impidió divisar a lo lejos al escritor.

—¡Señor Dearn! —llamó.

El joven varió la dirección de su marcha, para acercarse al galeno.

—¿Doctor?

—¿Se ha enterado de lo sucedido?

—Sí, doctor. Leavitt, ¿no?

Herbolt se estremeció.

—Es horrible, horrible —dijo—. ¿Cómo puede convertirse un ser humano en un montón de ceniza… que luego resulta no proceder del cuerpo del que se supone debería proceder?

Dearn respingo.

—¿Está seguro, doctor?

El galeno asintió con lentos movimientos de cabeza.

—He recibido el informe del analista de Boston — contestó—. Los residuos que le envié no son estrictamente ceniza, a pesar de su aspecto. El informe dice que hay residuos inorgánicos, junto con otras materias orgánicas que no corresponden a ningún elemento terrestre conocido. Esto, los desconocidos, abundan en mucha mayor proporción que los conocidos.

Dearn se quedó con la boca abierta.

—Doctor, ¿nos encontramos ante un fenómeno de origen extraterrestre? — exclamó, cuando se hubo rehecho de la impresión.

—Así lo calificaría yo, señor Dearn —contestó Harbolt, muy serio.

—Entonces, Welldon se halla bajo la influencia de ese ser que no ha nacido en la Tierra.

—Si la noticia se hiciese pública, cundiría el pánico. No lo divulgue usted, por lo que más quiera.

—Desde luego —acució Dearn—. Pero, ¿qué tiene que ver ese hipotético ser extraterrestre con la Maldición de Manston? Porque todos los muertos son descendientes de protagonistas de aquel proceso.

Harbolt hizo un gesto de cansancio.

—La respuesta escapa a mis posibilidades —contestó.

—¿Qué me dice usted de las manzanas del huerto de Manston?

—La ceniza, llamémosla así, es idéntica a la que he hallado en las casas de esos desgraciados — afirmó Harbolt.

Dearn se quedó pensativo unos momentos.

Luego dijo:

—Doctor, ¿puedo hacerle una pregunta más?

—Claro, muchacho. ¿De qué se trata?

—Janice Crowline estuvo a visitarles la otra noche. ¿Sería indiscreto conocer el motivo de la visita, doctor?

—De ningún modo — respondió Harbolt —. La muchacha vino a Welldon recomendada por unos amigos comunes. Era una visita de cortesía, simplemente.

—Gracias, doctor; eso era todo lo que quería saber — contestó Dearn, sumamente aliviado por la noticia.

## CAPÍTULO XII

Janice utilizó el camino de costumbre para dirigirse al huerto de Manston. Esta vez, no se sorprendió de ver a Dearn aguardándola junto al sendero.

—¿Le molesta que la acompañe? —preguntó cortésmente el escritor.

En absoluto. Casi estoy por decir que esperaba verle a usted aquí.

—Eso significa que le agrada mi compañía.

—¿Por qué no? Yo pienso de usted de mejor manera que usted de mí.

—Lo siento, Janice —se excusó él—. Un día, espero, cesarán mis recelos.

—Cuando hayan desaparecido, me franquearé con usted. Aunque ya le dije bastante al mencionarle mi ascendencia, ¿no?

—Sí. Pero el apellido de Crowline no figura en la lista de los protagonistas del proceso.

—No, no figura — contestó ella lacónicamente.

Dearn se dio cuenta de que Janice no quería ser más explícita sobre el particular. Varió ligeramente el tema de la conversación.

—¿También hoy sentía necesidad de hacer ejercicio?

—En parte sí... y en parte quiero averiguar que pasa en el valle.

—Por la noche, las manzanas son comestibles. Durante el día, se convierten en ceniza repugnante.

—Es un misterio inexplicable, aunque no indescifrable. Lo conoceremos algún día, Rob.

—Así lo espero yo también. Tal vez, cuando conozcamos el informe sobre la muestra de tierra...

—El informe ha llegado ya, Rob —manifestó Janice.

—No lo sabía —murmuró él—. ¿Qué dice el geólogo?

—Ligeros indicios de radiactividad, no peligrosos para las personas; eso es todo. El suelo absolutamente normal.

—Pero usted tomó las muestras a flor de tierra — objetó Dearn.

Janice hizo un gesto de asentamiento.

—Es cierto —concordó—. ¿Cree usted que convendría tomar muestras a mayor profundidad?

Dearn lanzó un profundo suspiro.

—Indudablemente —contestó—. La radiactividad puede explicar las zonas fosforescentes, pero ese calor que se nota en la superficie, incluso en las horas de menor temperatura no tiene explicación posible... y sólo un análisis de muestras tomadas de capas más profundas puede darnos la solución de este misterio.

—Entonces, ¿vendrá usted a excavar?

—Sí. Mañana haré las gestiones necesarias para conseguir la máquina. La manejaré yo mismo; no quiero extraños en el terreno.

—Suponiendo que consiguiese hombres para ayudarle — dijo Janice.

—Ese es otro punto a considerar, así que ni siquiera intentaré contratar un ayudante. Hoy día hay máquinas perfectas, con las que se puede excavar a varios metros de profundidad, sin más que mover adecuadamente una serie de palancas y botones, sentado en un cómodo sillón y protegido de la lluvia y del sol.

Continuaron su camino. La conversación languideció un poco. Una hora después, llegaron al vallecito.

Desde un punto algo elevado contemplaron el paisaje bañado por la luna, ya en cuarto menguante. A pesar de la belleza de la visión, no podían menos de notar un aura extraña que se desprendía de la tierra, como si un silencioso corazón emitiese sus inaudibles latidos de maldad.

Calladamente, descendieron al valle. Janice alargó la mano hacia uno de los manzanos, pero detuvo su gesto con actitud titubeante.

—Ahora tengo miedo — confesó.

—¿No se había supuesto que las manzanas podían convertirse en ceniza?

Ella meneó la cabeza.

—Lo consideraba como una leyenda. Sólo hasta que lo vi con mis propios ojos...

—Incomprensible —murmuró, enseñando a la joven la manzana partida en dos mitades.

—Por el día, ceniza; por la noche, fruto comestible. ¿Quién entiende esto, Rob? —exclamó la joven.

Estaba tan asombrada como Dearn. El escritor tiró la manzana al suelo y eligió otro árbol.

De nuevo halló un fruto perfectamente comestible. Una docena de pruebas más, en distintos árboles, dieron el mismo resultado.

Dearn meneó la cabeza.

—No lo entiendo, no lo entiendo — murmuró Parece cosa del

diablo…

—La brujería es cosa del diablo —dijo ella intencionadamente.

—Sí, pero aquí estamos tratando con fenómenos naturales Janice. —El escritor se mordió los labios—. Mañana, después de contratar la excavadora, consultaré nuevamente las actas del proceso.

—¿Para…?

Dearn golpeó la tierra con el pie.

—Aquí ocurrió algo en aquella época que motivó la alteración de los frutos. Tiene que estar registrado en las actas del proceso, no me cabe la menor duda. Aquella gente, menos instruida que nosotros, cosa lógica por otra parte, tuvo que ver algo, que definió de una manera muy distinta a como se definiría hoy. Trataré de averiguarlo como sea —concluyó.

—Quizá encuentre la solución —dijo Janice, más animada.

—Así lo espero yo —contestó Dearn en tono resuelto.

Poco después, emprendieron el regreso.

Mientras caminaban, Dearn no dejaba de pensar en que, pese a todas sus protestas, Janice había estado en casa de Leavitt pocas horas antes de que su dueño apareciese convertido en ceniza.

¿Poseía la joven algún maléfico poder qué la permitía transformar a un ser humano en cenizas, después de haberle dado muerte?

¿Y si, por el contrario, ella estaba poseída por algún espíritu maligno y aquellos actos criminales eran realizados en contra de su voluntad, con la mente ausente de lo que hacía?

Dearn estaba sumido en un mar de confusiones.

Por dicha razón, aquella noche le costó bastante conciliar el sueño.

* * *

A pesar de todo, madrugó bastante. Lo primero que hizo fue dirigirse a un constructor local, con quien contrató la excavadora. El hombre disponía de cuatro máquinas, todas ellas trabajando en aquellos momentos, pero le prometió tener una libre para el día siguiente.

Acto seguido, Dearn se dirigió al edificio del Ayuntamiento. Pete Hamilton, el archivero, no estaba pero un empleado le indicó que la puerta del archivo estaba abierta.

Dearn se puso a trabajar inmediatamente. Una hora después estaba leyendo la declaración del acusado.

Abner Manston se defendía diciendo que él no había hecho ningún pacto con el diablo, que lo de sus manzanas se debía a una extraña enfermedad llegada en la piedra que había caído del cielo.

Dearn se puso rígido. ¡Un meteorito!

Continuó leyendo. Manston decía que no había visto la piedra, la cual se había enterrado a bastante profundidad en el suelo de su huerto. Pero aquel cuerpo espacial era, sin duda, el culpable de la enfermedad de sus manzanas.

Dearn continuó pasando las hojas frenéticamente. Llegó a la declaración de un tal Septimus Endicott, maestro de Welldon, el cual aseguraba que había caído un meteorito en las inmediaciones de la ciudad, aunque él no había visto personalmente el punto de impacto, pero que le constaba que el acusado le había manifestado que el meteorito había caído casi en el centro de su huerto.

En cuanto a las posibles enfermedades provocadas por la caída del meteorito, Endicott declinaba opinar, ya que no se consideraba perito en la materia.

Dearn se frotó la mandíbula. ¡Un meteorito!, repitió.

Las declaraciones no especificaban el tamaño. Debía de haber sido, sin embargo, lo suficientemente grande para no vaporizarse por completo al entrar en atmósfera. La mayoría de los meteoritos ardían, pero otros llegaban al suelo terrestre.

El número de éstos era mucho menor, pero siempre caía alguno. Y Dearn sabía que los científicos habían encontrado, en alguna ocasión, esporas y organismos extraños en meteoritos encontrados en la superficie del planeta, seres que no habían nacido en la Tierra, animales minúsculos que habían sobrevivido a la dura prueba de un viaje por el espacio durante tal vez cientos y cientos de años, sin aire, en unas condiciones de una dureza indescriptible...

El meteorito caído en el huerto de Manston, indudablemente, había provocado la extraña enfermedad de las manzanas. Pero esto no explicaba que las manzanas, durante la noche, se tornasen comestibles. Y, viceversa, durante el día, al partirlas, se convertían en maloliente ceniza.

Para Dearn ya no había duda. Un ser extraterrestre, de características desconocidas, pero nada benignas, por supuesto, existía bajo la superficie del huerto. Y aquel ser era el culpable de las muertes...

Algo fallaba en sus razonamientos. ¿Por qué, precisamente, los muertos habían de ser descendientes de protagonistas del proceso, todos ellos enemigos de Manston?

Era una pregunta a la cual no podía responder por el momento.

La puerta se abrió de pronto, cortando sus reflexiones. Pete Hamilton apareció en el umbral.

—Señor Dearn —saludó.

—Hola, Pete

Dearn se percató en el acto de que el archivero estaba deprimido.

—¿Le ocurre algo, Pete? —preguntó solícitamente.

Hamilton meneó la cabeza.

—Problemas — dijo —. Particulares — añadió.

—¿Dificultades?

—Ya se han acabado, señor Dearn.

—Entonces, debe sentirse contento, Pete.

—Nada de eso. Hasta ahora, yo abrigaba ciertas esperanzas... pero ella acaba de disiparlas definitivamente.

—¿Ella? ¿Quién es, Pete?

—Hannah, por supuesto... La señora Brook —puntualizó el archivero—. Fui esta mañana a solicitar de ella una decisión concreta. Me... me ha enviado a paseo.

Dearn ocultó una sonrisa. También los hombres que habían rebasado medio siglo tenían sus problemas sentimentales, se dijo.

—Hombre, yo creía que eso estaba hecho —manifestó.

—Ni lo sueñe. ¿Cómo pudo suponer tal cosa, señor Dearn?

El joven pensó que debía ser cauto en su respuesta.

—Pete, yo no quisiera ofenderle... pero he visto a Hannah Brook salir de su casa a altas horas de la noche. Me disgustaría dudar de su virtud, pero no puedo mentir acerca de lo que he visto.

—En lo que a mí se refiere, puedo asegurarle que

Hannah y yo no nos hemos visto jamás a horas que pudiesen inspirar comentarios malévolos a la gente — aseguró Hamilton solemnemente —. Es más, conozco a Hannah desde hace muchísimos años y afirmo que tendrá sus defectos, como los tienen todos, pero es honesta y decente como la que más. ¡Pondría mi mano en el fuego por su virtud, señor Dearn! —concluyó el archivero enfáticamente.

## CAPÍTULO XIII

Dearn llegó a su alojamiento a la hora del almuerzo. Entró en la casa. Olía a guisado.

—Señora Brook — llamó

Hannah no contestó. Dearn atravesó el piso y llegó a la cocina.

Miró a través de las ventanas posteriores. La mujer estaba dando de comer a las gallinas que tenía en un sector del patio posterior.

Salió a la puerta, a fin de hacerse ver. Hannah le divisó a los pocos instantes.

—Un momento, señor Dearn, en seguida termino — exclamó.

Hannah terminó sus tareas segundos más tarde.

—Voy a lavarme las manos. En seguida tendré lista la mesa — anunció.

— Sí, señora.

Hannah entró en la casa. Dearn quedó todavía unos segundos en el mismo sitio.

Su vista estaba fija en el suelo de tierra. Las pisadas de Hannah estaban nítidamente impresas en el polvo.

Dearn se puso a sudar. Recordaba perfectamente la huella del zapato femenino que había visto en el huerto de Manston.

Aquella impronta y las que estaba viendo ahora, eran idénticas, producidas por los mismos zapatos. La marca del tacón, ancho, casi cuadrado, era especialmente inconfundible.

Entonces... había sido Hannah la que aquel día...

Aturdido, sintiendo dentro de sí un extraño vértigo, hubo de recurrir a un poderoso esfuerzo de voluntad para lograr que su cara no reflejase externamente los sentimientos contradictorios que batallaban en su interior.

Porque ahora, aunque no tenía pruebas concretas, presentía que Hannah Brook era la persona que había cometido aquellos horribles asesinatos.

* * *

Estaba despierto, vestido, aunque tendido en el lecho, con la luz apagada.

Aguardaba pacientemente. Cada noche que se había cometido uno de aquellos extraños crímenes, Hannah había salido de su casa.

¿Adónde había ido?

Estaba seguro de saberlo aquella misma noche. Dentro de la paciencia con que sabía dominarse para dejar pasar las horas, ardía en un inquieto nerviosismo. Presentía que pronto iba a desvelar el misterio.

Las enfáticas declaraciones de Hamilton corroboraban sus suposiciones. No, no había tales devaneos. Hannah era una criminal.

¿Un vampiro con forma de mujer?

Todas las hipótesis eran probables. Incluso... al cabo de los tiempos, el espíritu de Manston, ¿se había posesionado del de Hannah?

Pero ella no era descendiente del condenado por brujería. En ese caso, ¿cómo...?

Un ligero ruidito en la planta baja cortó sus reflexiones. Sin hacer el menor ruido, se puso en pie.

La luna, de la que sólo se veía la mitad, debido a su fase de menguante, proporcionaba todavía la suficiente luz para captar los detalles. Sí, era Hannah la que se dirigía por el sendero hacia el huerto de Manston.

Esperó un par de minutos. Luego descendió a la planta.

El timbre del teléfono estalló de pronto, haciéndole pegar un salto. Dearn maldijo entre dientes; tenía los nervios a flor de piel.

Vaciló un momento. ¿Quién llamaba a tales horas?

¿Y si era Felicia?

Resuelto, alargó la mano y descolgó el auricular.

—Soy Dearn —dijo.

—¡Rob! ¡Qué suerte! —exclamó Felicia al otro lado del hilo—. ¿Cómo es que está levantado a estas horas?

—Se lo explicaré luego —contestó él—. ¿Tiene algo que decirme?

—¿Le llamaría a las dos y media, si no tuviese algo importante que comunicarte? Rob, las investigaciones han tenido pleno éxito. Han costado bastante; no ha sido cosa fácil seguir la pista de dos personas a lo largo de siglos...

—¿Dos personas? —repitió él, extrañado.

—Sí, escuche. Nephtalí Manston, el hijo del brujo, casó con Débora Backenberger. Tuvieron una hija, la cual, andando el tiempo, casó con Michael Farrington. De este matrimonio, nació un varón, el cual, llegado el momento, casó y tuvo dos hijos varones. A

partir de aquí, la descendencia masculina ya no se interrumpe, sino hasta hace cuarenta y seis años, en que Farrington, el último de la estirpe, casó y tuvo una niña, a la cual le pusieron de nombre Hannah. Hace veintitrés años, Hannah casó con Ezra Brook...

Dearn cerró los ojos unos instantes.

—Así, pues, Hannah Brook es descendiente directa, por la rama femenina, de Abner Manston.

—Exactamente — confirmó Felicia.

—Pero antes me habló usted de dos personas — alegó él.

—Claro. ¿No me encargó también de investigar acerca de Janice Crowline? ¿Quiere que le diga quién fue su antepasado? Rob, pasaré datos por alto, pero le diré que el abuelo de Janice se llamaba Willets, lo mismo que el juez que dictó sentencia de hoguera contra Manston.

—¡Dios mío! — se aterró el joven.

—¿Qué le pasa, Rob? —preguntó Felicia, alarmada.

—No... no se preocupe —contestó él—. Gracias por los informes. La llamaré mañana. Tendrá noticias mías, muy interesantes, se lo aseguro

Colgó el teléfono. Debía avisar a Janice.

Ella corría ahora un serio peligro. Podía morir... podía acabar convertida en un horrible montón de ceniza

Y era inocente de las acciones que un antepasado suyo había cometido doscientos sesenta y cinco años antes.

Buscó en el pequeño listín de la ciudad el número del hotel en que se alojaba Janice. Momentos después, marcaba el número.

Un soñoliento conserje nocturno atendió su llamada.

—¡Es muy urgente! —dijo—. Cuestión de vida o muerte. Avise inmediatamente a la señorita Crowline... ¡Corra, hombre, corra!

Sus palabras estimularon al individuo, quien prometió ponerle en contacto inmediatamente con la joven. Pero a los pocos momentos, Dearn recibió una respuesta desalentadora.

—El teléfono de la señorita Crowline no contesta — dijo el conserje—. No cuelgue, por favor; iré a ver y le llamaré a usted desde su cuarto.

Dearn aguardó con los nervios en tensión. Se imaginaba el informe del conserje. «Convertida en ceniza...».

—¿Señor Dearn?

—Sí. Hable, pronto...

—Lo siento. La señorita Crowline no está en su dormitorio. La cama aparece intacta y todo está en orden. Seguramente, habrá salido...

Dearn colgó el teléfono después de agradecer la información Sí, sabía adónde podría encontrar a la joven.

Minutos más tarde, corría desolado a través de los campos en dirección al huerto de Manston.

* * *

Desde la vaguada, contempló el terreno. Reinaba un extraño silencio. Hasta los grillos habían dejado de cantar.

La luz de la luna era insuficiente para distinguir detalles a cierta distancia. Dearn avanzó paso a paso, evitando cuidadosamente producir el menor ruido.

Así ganó unos doscientos metros. De pronto, una sombra se alzó ante él.

Dearn se detuvo en seco. La esbelta silueta de Janice era inconfundible.

—Rob —musitó ella.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Dearn.

—No hable en voz alta — aconsejó Janice —. Hannah Brook está aquí.

—¿La ha visto usted?

—Sí.

—¿Sabe quién es?

Janice le dirigió una prolongada mirada.

—¿Había llegado a pensar que era yo la descendiente de Abner Manston? — preguntó.

—Lo siento, Janice...

Ella apoyó una mano en el brazo del joven.

—No se preocupe —dijo, sonriendo—. Era lógico pensar de esta manera.

—Estoy contento de tenerla a mi lado —dijo él—. Cuando me enteré de sus antecedentes familiares, sentí un miedo horrible.

—¿De veras, Rob? — murmuró ella dulcemente.

—Encargué a mi editora investigase acerca de usted. Ella encontró los antecedentes de Hannah Brook. Luego me dijo que usted desciende del juez Willets.

—Es cierto —corroboró Janice—. Mi abuelo materno se llamaba Willets, pero no tuvo hijos varones. El esposo de mi madre... bien, mi padre, puesto que todavía viven ambos, por fortuna, se llama Crowline.

Dearn apretó el brazo de la joven.

—Janice, presiento que Hannah va a cometer esta noche otro

crimen — dijo.

—Por eso vine yo aquí, para impedirlo —afirmó ella.

—Pero, ¿cómo? ¿Es que Hannah celebra un aquelarre privado? ¿Viene aquí a realizar o a inspirarse para sus brujerías?

—¿Por qué no vamos a verlo? —sugirió Janice—. Hace poco que he llegado. Yo estaba aquí escondida, aguardándola, pero usted llegó pisándome los talones.

—Llamé al hotel. Cuando me dijeron que usted no estaba, sentí un miedo espantoso. Ya había visto antes a Hannah salir de su casa y sabía que desciende de Manston, ¿comprende?

— Sí, Rob. No sabe cuánto le agradezco su interés...

Dearn tomó la mano de la joven.

—Me siento muy dichoso a su lado — murmuró —. Sus antepasados no me importan.

Janice sonrió ligeramente.

—Cada uno debe ser responsable de sus actos... aunque a veces, las acciones de los antepasados pesan como herencia sobre las personas.

—¿Se considera usted culpable del fanatismo del juez Willets?

—No, porque era producto de la época. El juez obró según su libre criterio, muy poco libre, todo sea dicho, pero condicionado por el ambiente y la educación recibida.

—Sí, es cierto. Una pregunta, Janice.

—Dígame, Rob.

—Cuando estuvo a visitar a Leavitt...

Ella dejó de sonreír bruscamente.

—Traté de avisarle del peligro que corría. No me hizo caso — contestó.

—Pero, ¿cómo lo podía usted saber?

—¿No era descendiente de uno de los testigos contra Manston? Yo misma corro peligro, mientras esa mujer se crea instrumento de la maldición de su antepasado. Estuve hablando con todos los que viven hoy día y cuyos antepasados intervinieron en aquel proceso. Muchos me hicieron caso y abandonaron la ciudad. Otros, entre ellos Leavitt, se quedaron.

Dearn asintió con gesto preocupado.

—Hoy día es difícil que la gente crea en un hecho sobrenatural —comentó—. ¿Sabía usted que Hannah era descendiente de Manston?

—También hice investigaciones por mi cuenta, pero no de una manera especial por su causa, sino para conseguir reunir la documentación que permita probar mis derechos a esos terrenos.

—Y de este modo, llegó a conocer el árbol genealógico de Hannah Brook.

—Sí, Rob. Precisamente, recibí ayer por la tarde el último informe. Pensaba decírselo hoy por la mañana...

Dearn consultó su reloj.

—Son más de las tres y media — observó —. Bien, vamos a ver qué hace Hannah.

—Rob, no intervenga, se lo suplico —dijo.

—No pensaba hacerlo — contestó él —. Desde aquí, es difícil matar a una persona, a no ser que se empiece a tirarle con una pieza de artillería.

—Los medios que usa Hannah no son naturales, Rob — afirmó Janice seriamente.

—Bien, pues vamos a ver cómo hace sus conjuros...

Un estridente alarido interrumpió sus palabras.

El grito nació en el centro del huerto y se extendió largamente por el valle, rebotando luego sus siniestros ecos por colinas y cañadas. Dearn y Janice se estremecieron.

Parecía la voz de un ser monstruoso, nacido a billones de kilómetros de la Tierra.

## CAPÍTULO XIV

Con las manos asidas fuertemente, Rob y Janice corrieron hacia el lugar de donde había brotado aquel espantoso grito. Una fosforescencia de intensidad mayor de lo acostumbrado se veía brillar casi en el centro del huerto.

Agazapados tras unos arbustos, contemplaron la figura de Hannah Brook, de pie, con los brazos en alto y la cara vuelta hacia la luna, como si realizase alguna diabólica invocación. Brotaban sonidos inarticulados de sus labios y todo su cuerpo parecía sacudido por un continuo espasmo, que la hacía moverse con rapidísimos temblores de pies a cabeza.

El cuerpo de la mujer estaba envuelto en un aura débilmente luminosa, como si hubiese recibido un baño de pintura fosforescente muy diluida. Aquel resplandor era, apreció Dearn, prolongación del que brotaba del suelo y que ocupaba una extensión bastante grande en torno a los pies de la mujer.

Las uñas de Janice se clavaron en la mano de Dearn. El momento era de gran intensidad dramática.

De repente, ocurrió algo increíble.

Los brazos de la mujer se estiraron. Las manos perdieron su forma, los dedos se confundieron en una especie de rollo de carne, que poco a poco fue estirándose hacia arriba, a la vez que perdía su color natural y adoptaba un tono azulado fosforescente, aunque no de demasiada intensidad.

Los brazos de la mujer se juntaron a diez o doce metros por encima de su cabeza. Ahora formaban un solo miembro, que se alargaba y estiraba con gradual rapidez. Pronto no fue sino un delgado hilo que, de repente, pareció salir disparado hacia la ciudad.

El hilo se perdió de vista a corta distancia, unos cincuenta o sesenta metros. Dearn apreció que no dejaba de verse a causa de la distancia, sino porque se tornaba invisible por sí mismo.

Una apagada exclamación brotó de labios de Janice.

—Mire, Rob.

Dearn volvió la vista hacia el lugar donde se hallaba Hannah.

Retrocedió, asustado a su pesar. La mujer se había transformado

en una masa informe, semitransparente, cuya base parecía hundirse en la tierra.

Dearn hubiera querido escapar de aquel lugar de horror pero le parecía tener los pies clavados al suelo. Como Janice, estaba morbosamente fascinado por el espectáculo que estaba contemplando.

Durante algunos minutos, permanecieron quietos, inmóviles, perdida la noción del tiempo. De pronto, vieron que el color azulado fosforescente perdía intensidad.

Algo rojizo vino de la lejanía. Corrió a través del hilo, atravesó la masa informe y se hundió en el suelo en escasos segundos.

Dearn se sintió horripilado. Acababa de comprender el origen de aquella cosa roja que había circulado, como a través de un canal, por el hilo y la masa en que se había transformado el cuerpo de Hannah.

Un minuto después, se produjo un fenómeno análogo, pero a la inversa. Esta vez, el color de la cosa que corría por dentro del cuerpo de Hanna y el hilo que eran la prolongación de sus brazos, era gris.

Dearn y Janice se miraron mutuamente.

¡Una persona acababa de morir en Welldon!

Minutos más tarde, el hilo se replegó. Los brazos recobraron su forma. La masa azulada se convirtió de nuevo en una mujer de apariencia normal. Los pies de Hannah dejaron de estar hundidos en el suelo.

— Agáchase, Janice —susurró Dearn—. Ella va a venir ahora.

Los dos se escondieron tras el matorral. Hannah pasó por delante de la pareja, sin reparar en su presencia. Una luz de infernal satisfacción brillaba en los ojos de la última descendiente de Abner Manston.

* * *

—Tenemos que avisar a la policía— dijo Dearn.

—¿Nos creerán? — dudó Janice.

—Procuraremos convencerles. Hannah no puede continuar cometiendo crímenes.

Janice asintió.

—Ha sido algo horrible. Pero, ¿cómo lo hizo? ¿De qué manera lo descubrió? Rob, ¿será cierto que los espíritus malignos acuden al conjuro de su llamada?

Dearn hizo un signo de impotencia.

—No lo sé, aunque confío en que Hannah acabe por explicarlo — contestó —. De una cosa me parece estar seguro.

—Dígamela, Rob — suplicó Janice.

—Hannah no está en su sano juicio. Oh, en la vida corriente, su comportamiento es normal... pero ella sí sabe que es descendiente de Abner Manston. Conoce la maldición; está completamente al corriente del proceso. Indudablemente, la obsesión de ser ejecutora de la maldición, ha ido infiltrándose en su mente... paso a paso, día a día... año tras año, enloqueciendo finalmente, aunque sólo en este aspecto. Y al fin se ha entregado a vengar en los actuales descendientes de quienes llevaron a Abner a la hoguera lo que ella estima fue un crimen.

—Y lo fue, Rob — calificó Janice.

—Sí, indudablemente, no merece otra calificación. Pero es absurdo vengar hoy la muerte injusta de un hombre, cuando ya han pasado doscientos sesenta y cinco años desde que ocurrió. Hannah debe purgar sus crímenes, Janice.

—¿Cómo? —preguntó la joven, estremecida—. ¿Quién va a demostrar que ella es la autora de las muertes misteriosas? Pero, sobre todo, ¿de qué manera racional explicaría usted lo ocurrido? Los dos lo hemos visto claramente con nuestros propios ojos; Hannah se ha transformado en un monstruo de horror, en un ser extraño, que ni siquiera se puede asegurar haya nacido en nuestro planeta. ¿Sabría usted explicar satisfactoriamente lo sucedido?

Dearn meneó la cabeza.

—Temo que nunca hallaremos una explicación que nos tranquilice — contestó —. De todas formas, podemos hallarla, aunque sólo sea parcialmente, en el meteorito que cayó en el huerto de Manston y que fue la causa de la acusación de brujería.

Janice estaba enterada del detalle y asintió.

—Tal vez, ese meteorito contenía algún ser extraño... el cual necesita alimentarse...

—¿Con seres humanos?

Ella se estremeció.

—No lo sé, Rob, no lo sé... Todo esto, ¡es tan espantoso!

Dearn asió suavemente el brazo de la muchacha.

—Preveo que pronto tendremos la solución —dijo—. Ahora vamos a hablar con el doctor Harbolt. Le convenceremos para que él, a su vez, hable con Rogers, el jefe de policía. En este asunto, los dos deben tomar parte muy directa; el uno por el aspecto digamos sanitario de la cuestión y el otro porque la justicia debe intervenir, ya que se han producido muertes no naturales. En lo que se refiere a

nosotros, ya hemos hecho bastante... salvo que todavía nos falta una cosa.

—¿Cuál, Rob?

—La excavadora.

—¿Piensa excavar en el terreno?

—Justamente en el mismo punto en que Hannah hizo su... ¿podemos llamarlo conjuro, Janice?

—Yo diría que no se puede llamar de otra forma, Rob — contestó la muchacha —. Sí, allí, en el centro del valle hay un monstruo y es preciso acabar con él.

* * *

Al doctor Harbolt se le pasó bien pronto el enfado que le había causado ser despertado poco después de las cinco de la mañana.

Con cara de asombro escuchó el increíble relato que Dearn y Janice le hicieron de lo que habían presenciado en aquella madrugada de espanto. A Harbolt le pareció también increíble, pero después de lo que había visto por sí, ya no le pareció en modo alguno producto de la fantasía de unos jóvenes tal vez ávidos de notoriedad.

—De modo que Hannah es descendiente de Manston — murmuró —. Es posible que haya acabado enloquecida por la obsesión de ejecutar la maldición. No me extrañaría nada — agregó —; los informes que tengo de ella son de que fue una mujer muy guapa, pero rencorosa, déspota y egoísta. Manston también lo fue, aunque, claro, no por ello voy a justificar su muerte en la pira.

Harbolt miró a sus visitantes.

—Hablaré con Rogers —prometió—. Los dos iremos a visitar a Hannah y procederemos en consecuencia.

— Ella lo negará — advirtió Dearn.

—Por supuesto, pero ya nos arreglaremos para confinarla en un manicomio. — Harbolt se estremeció—. Debió de ser un espectáculo espeluznante.

—No se lo puede figurar, doctor —dijo Dearn—. Aquella cosa roja que vino de la ciudad... y luego la cosa gris que salió de la tierra hacia Welldon...

—Eso tiene una explicación, nada agradable desde el punto de vista fisiológico —manifestó el galeno—. El ser se alimentó primero y luego expulsó los productos de desecho.

Janice se tapó la boca con una mano.

—¡Por favor! — rogó.

—Es preciso apreciar las cosas objetivamente — dijo Harbolt. Agitó el índice con ademán profesoral —. Y eso explicaría también lo de las manzanas que se convierten en ceniza durante el día y son comestibles durante la noche.

—¿Qué explicación da usted a ese fenómeno, doctor? — preguntó Dearn.

—Muy sencilla. El ser, indudablemente, tiene ramificaciones bajo el suelo. Absorbe alimentos a Dios sabe qué distancia y los acumula luego en los manzanos, que están situados directamente sobre él. Esto ocurre por la noche. Por el día, absorbe esos alimentos acumulados durante la noche y los productos de desecho quedan depositados en las manzanas.

—Pero eso sería un círculo vicioso —alegó el escritor—. Siempre las mismas manzanas...

—¿Ha marcado usted alguna para controlarla cuánto dura? Posiblemente, las manzanas nazcan durante la noche, en muy pocos días, mientras que las que ya han sido consumidas, desaparecen luego convertidas en ceniza que se deposita sobre el suelo y luego es dispersada por el tiempo. Tal vez el manzano sea el árbol que mejor se acomode para ayudarla en las funciones de su metabolismo... es probable que no lo sepamos nunca, puesto que no podremos comunicarnos con el ser, pero estimo que ésta es la hipótesis más aproximada.

—Yo también opino así, doctor —concordó Dearn. —Nunca nos hemos detenido a observar una misma manzana durante veinticuatro horas o más.

— Pero el ser se ha apoderado de Hannah — exclamó Janice—. Es preciso acabar con este estado de cosas.

—Es lo que me propongo hacer —afirmó el galeno. Consultó su reloj —.Ya han dado las seis de la mañana. Iré a terminar de vestirme y luego saldré para hablar con Hal Rogers. ¿Qué piensan hacer ustedes?

—Tenemos sueño, nos iremos a descansar —mintió Dearn.

—Vengan a verme más tarde —invitó Harbolt.

—Por supuesto, doctor —contestó Janice.

Los dos jóvenes se pusieron en pie. Desde la puerta, Dearn dijo:

—Doctor, le suplico que cuando hable con Rogers, investiguen los dos cuál es el desdichado que ha muerto esta noche.

Harbolt asintió sombríamente.

—Así lo haré — prometió.

# CAPÍTULO XV

El motor de la excavadora funcionaba perfectamente. Sentado en el puesto del conductor, dentro de la cabina estanca, Dearn comprobó que todos los mecanismos del artefacto se hallaban en perfecto estado.

Janice vino corriendo. Agitaba un papel en la mano.

—¡Rob! —gritó.

La joven se había cambiado de ropa y ahora vestía un liviano «pullover» y unos pantalones negros. Dearn abrió la portezuela y alargó la mano para ayudarla a trepar hasta la cabina.

—¿Qué es eso, Janice? —preguntó.

Ella se atusó el pelo maquinalmente.

—Me la entregó el conserje cuando fui al hotel a cambiarme de ropa —explicó la joven atropelladamente—. Es un complemento del informe del geólogo. En la muestra de tierra que le envié no encontró el menor rastro de microorganismos.

—Una tierra totalmente esterilizada —murmuró Dearn.

—Así es. Cuando menos, en aquel sector, el monstruo ha devorado a todo ser viviente, hasta la más ínfima de las bacterias. Y usted sabe que una tierra de labor no podría producir frutos si no fuese por la acción de esos microorganismos.

— En efecto. Pero ahora, los animales, aunque sean pequeños, le parecen poco y devora...

—No lo diga en voz alta, Rob —se estremeció Janice.

Dearn forzó una sonrisa.

—Tenemos que enfrentarnos con la realidad —manifestó—. Volver la espalda a las cosas que suceden sólo porque no nos agraden, nunca es sensato, Janice.

—Tiene usted razón — admitió ella —. Y ese monstruo debe ser destruido, para que no siga causando más víctimas.

Dearn pisó el acelerador. La máquina, provista de cuatro enormes ruedas, se puso en movimiento.

—¿Tienes miedo, Janice? —le tuteó de repente.

—Un poco, lo confieso — sonrió ella.

—El día asusta al monstruo o, por lo menos, merma sus facultades. Esa es la ventaja que tenemos sobre él.

Dearn condujo la enorme excavadora por las afueras del pueblo con singular pericia. El viaje, pese a la reducida velocidad del artefacto, duró poco más de un cuarto de hora.

—Atropellaremos unos cuantos manzanos —dijo, al avistar el valle.

—No importa. Los arrancaré todos —contestó Janice resueltamente.

—Entonces, ¿piensas quedarte aquí?

—Sí, Rob.

Dearn guió la máquina hasta situarla en las cercanías del lugar donde habían visto a Hannah la noche anterior. Los manzanos caían fácilmente a su paso, con grandes crujidos y sus frutos se convertían instantáneamente en ceniza.

Tras algunos tanteos, Dearn afirmó la máquina en el suelo y puso en funcionamiento el brazo con la pala. El artefacto tenía otro brazo en el lado opuesto, provisto de una gran tenaza para sacar la tierra removida con la pala.

Era una máquina de gran potencia. En pocos minutos, la pala profundizó un hoyo de cuatro o cinco metros de profundidad.

— ¡ Mira! — gritó Janice de repente.

Algo apareció ante los ojos de los dos jóvenes. Era una masa amorfa, de color gris claro, semitransparente, ligeramente abombada por la parte superior. Dearn y Janice captaron inmediatamente el aura de horror que se desprendía de aquel monstruoso ser venido de las profundidades del espacio.

—Voy a cavar un poco más por los alrededores — anunció él.

El hoyo fue ampliado hasta un diámetro de una docena de metros. Así pudieron ver que el ser había emitido numerosos brazos que se adentraban en la tierra, a manera de seudópodos, que se adelgazaban progresivamente a partir del núcleo central.

Dearn hizo girar la máquina y situó en posición las enormes pinzas.

—Prepárate, Janice — murmuró.

El núcleo del ser medía unos seis o siete metros de diámetro por tres o cuatro de grosor. Lentamente, Dearn hizo descender el brazo de las pinzas, hasta dejarlas a un metro del monstruo.

Janice se clavó las uñas en las palmas de las manos. Súbitamente, Dearn bajó el brazo y las pinzas mordieron el núcleo.

Un profundo rugido brotó de las entrañas de la tierra. Era el lamento de una fiera espacial herida de muerte. Un extraño líquido, denso, de color verdoso, brotó de los lugares mordidos por la máquina, y otra vez, destrozando en mil pedazos al maligno animal.

De pronto, toda su estructura se convirtió en un líquido repugnante que se derramó por el hoyo y luego, lentamente, fue absorbido por la tierra.

Janice lanzó un grito repentino:

— ¡ Rob!

Dearn levantó la cabeza. Miles de hilillos de humo verdoso brotaban por todos los sitios. En el valle, entre los manzanos, bajo los arbustos... Las humaredas nacían también en la falda de la colina, en un círculo de unos tres kilómetros de diámetro.

—Es la definitiva agonía del monstruo — anunció.

Una fuerte brisa se levantó de pronto. Minutos más tarde, el cielo había recobrado su transparencia habitual.

—De no haber actuado así —dijo Dearn—, el ser habría acabado por extender sus tentáculos hasta Welldon... y quién sabe si más lejos.

Janice asintió. Estaba segura de que la pesadilla había terminado para siempre.

* * *

Hal Rogers, jefe de policía de Welldon, dirigió una severa mirada a Hannah Brook.

—Lo sabemos todo, Hannah —dijo—. Es inútil que trate de negarlo.

—Apuesto a que todavía hay rastros de tierra del huerto de Manston en sus zapatos — agregó el doctor Harbolt.

Los ojos de Hannah despedían diabólicos fulgores.

—Sí — confesó con singular vehemencia —, he sido yo. Yo me he encargado de hacer cumplir la maldición de mi antepasado. Los descendientes de quienes le enviaron a la hoguera deben morir... algunos han muerto ya, pero aún quedan más... ¡y los conozco a todos!

—Hannah, está equivocada si cree que vamos a permitir que siga cometiendo más crímenes — manifestó Rogers—. Esta mañana, Lester Cox ha aparecido convertido en cenizas. Será el último, se lo aseguro.

—Tengo un poderoso auxiliar —dijo ella—. Ustedes no conseguirán derrotarlo jamás. Él es mi aliado y obedece a mis llamadas...

—¿O es usted la que le obedece, Hannah? —sugirió el médico agudamente.

La mujer se quedó parada un instante.

—¡Qué importa! — contestó al cabo —. Él o yo, lo mismo da, los dos somos uno… y unos fundimos en un mismo cuerpo cuando llega la ocasión.

—¿Cómo lo encontró usted? —quiso saber Rogers.

Hannah se pasó una mano por la frente.

—Hace años —respondió—. Él ha estado siempre allí, en el valle de Abner. Vino de las profundidades del espacio, dentro de un meteorito, y cayó entre los manzanos. Cuando nos fundimos en uno solo, me transmite sus pensamientos… y yo le transmito los míos. Entonces, somos un solo ser…

—Hannah —la interrumpió el médico suavemente—, todavía no nos ha dicho de qué modo… trabó conocimiento con ese monstruo.

—Repito que fue hace años. Un día, se me ocurrió visitar el valle. Me extrañó ver los manzanos cargados de fruto. No sé realmente cómo ocurrió; de pronto, me encontré captando los pensamientos de otro ser… Él me explicó algo de sí; me dijo que había llegado de muy lejos, pero que su constitución le hacía débil y vulnerable en según qué circunstancias. Necesitaba más alimento; ya agotaba el valle…

—¿Y usted, entonces, le propuso ayudarle en su venganza?

—Sí. El ser llegó tan diminuto como la punta de un alfiler. Pero su crecimiento es muy lento, a pesar de que ya ocupa casi todo el subsuelo del valle. Yo le ayudaría, convinimos, y él, a cambio, me daría poder. ¿Comprenden? Poder sobre los vivos…

Harbolt contempló horrorizado a la mujer. Hannah estaba loca de remate.

Lo que en un principio, tal vez, no había sido más que curiosidad por un desgraciado suceso ocurrido dos siglos y medio antes, se había convertido ahora en una maligna obsesión que ya había costado cinco vidas humanas.

—Él me ayuda a cumplir la maldición — dijo Hannah riendo demencialmente —. Y yo le ayudo a crecer, a crecer…

Las carcajadas de la mujer atronaban la estancia. Harbolt y Rogers estaban horrorizados.

De repente, aquella risa se transformó en un agudo alarido de dolor.

Harbolt y Rogers se pusieron en pie de un salto, con los pelos literalmente puestos de punta.

Unas mandíbulas invisibles mordieron el cuerpo de Hannah haciendo brotar chorros de rojo líquido de numerosos sitios. De la garganta de la mujer brotaban unos alaridos indescriptibles.

Los dos hombres escaparon, aterrados por aquel espeluznante

espectáculo. Al cabo de unos momentos, avergonzados de su debilidad, volvieron sobre sus pasos.

Hannah yacía en el suelo, totalmente destrozada, en medio de un lago de sangre. Rogers y el médico se miraron, sin comprender en absoluto lo que había sucedido.

De pronto, Harbolt señaló hacia la ventana.

— Mire, Rogers —exclamó.

A lo lejos, sobre las colinas, se elevaba una serie de humaredas verdosas. El viento, minutos más tarde, se encargó de limpiar la atmósfera.

* * *

—Ha pasado el peligro — declaró Dearn horas más tarde—. El ser que vino del espacio está muerto.

—Hubiera acabado por destruir la vida humana en Welldon — dijo el médico pensativamente—. Y tal vez, en otras poblaciones...

—Eso es algo por lo que no debemos preocupamos — intervino Rogers —. Lo que me preocupa es dar a la gente una explicación que pueda ser aceptada sin demasiadas dificultades.

—Será preciso aclarar lo ocurrido —indicó el escritor—. No hay por qué ocultar la verdad al público.

Rogers asintió.

—Así lo haremos — contestó —, aunque será una labor difícil.

—Pero necesaria — añadió Harbolt.

Dearn hizo un movimiento con la cabeza

—La existencia del monstruo bajo el suelo explica el calor que se notaba en la superficie — murmuró —. Pero ¿quién iba a suponer que mientras yo manejaba la excavadora, estaba dando muerte también a Hannah?

Janice le tomó una mano.

—Tú no eres culpable —dijo suavemente—. Otro lo habría hecho y Hannah hubiera muerto igualmente. Aunque separados por la distancia, ella y el monstruo eran ya un solo ser. Hannah sólo pensaba en la venganza; el monstruo quería desarrollarse más... y tú lo has evitado.

—Ése debe ser su consuelo —sonrió Harbolt—. A nosotros, a Hal y a mí, nos queda ahora un buen trabajo por realizar.

—Rob también tiene su trabajo —sonrió Janice—. Debe contar, en un libro, todo lo que ha ocurrido.

—Escribiré una primera parte, la relativa al proceso de Manston. La segunda parte, será el relato de los sucesos que han ocurrido en

estas semanas.

—Tendrá éxito, se lo profetizo —dijo Rogers—. ¿Vamos, doctor?

Harbolt y el policía abandonaron el vestíbulo del hotel donde había tenido lugar la conversación. Un empleado llegó segundos más tarde, con un sobre amarillo en las manos.

—¿Señor Dearn? Acaba de llegar este telegrama para usted...

—Gracias —contestó el joven, a la vez que tomaba el sobre.

Extrajo el despacho de su interior y lo leyó rápidamente. Una exclamación se escapó de sus labios.

—¿Qué es? —preguntó Janice

—Lee —invitó él, tendiéndole el telegrama.

La muchacha cogió el papel. Su vista recorrió rápidamente las líneas escritas en el mismo:

**Noticia sensacional para ti punto Eres descendiente Mark Farrington, biznieto Nephtalí Manston punto Espero no traiga consecuencias punto Contesta pronto punto Saludos afectuosos Felicia Mylner punto final.**

Los ojos de Dearn y Janice se encontraron.

—Soy la descendiente del hombre que condenó a Manston a la hoguera — dijo ella.

—Y yo desciendo de la rama colateral de Manston — sonrió él —. ¿Has dicho que quieres levantar una granja en aquel valle?

—Sí, lo haré.

Dearn guardó el telegrama y la abrazó.

—Lo haremos juntos —prometió—. Tendré tiempo para escribir y ayudarte en la granja. Y los dos, juntos, habremos conseguido borrar la maldición de mi antepasado. ¿Te parece bien?

Janice apoyó la cabeza en su pecho.

—Te ayudaré con todas mis fuerzas — prometió.

**F I N**